

PAPELES TLAHUAPENSES. NOTAS DE TRABAJO DE *EL MUSEO POPULAR* (1840)

*Para Nonoi, tres veces.
para Agustín, dos*

Fernando Tola de Habich*

Resumen / Abstract. Tlahuapense Papers. Work Notes from *El Museo Popular* (1840).

Palabras clave: literatura mexicana, revistas literarias, *El Museo Popular*.

Desde los inicios de nuestra vida independiente, las revistas literarias han tenido importancia fundamental en el desarrollo de la literatura mexicana. Este artículo describe los asuntos tratados por la revista *El Museo Popular*, fundada en 1840, e incluye muestras de índices de obras y autores; escritores mexicanos y extranjeros; artículos y traducciones con y sin firma; temas de carácter científico; poemas; reseñas biográficas; crónicas; reseñas históricas. El autor concluye que estos “papeles” son solamente instrumentos de ayuda y de apoyo para los investigadores interesados en el tema. / Since the beginning of Mexican independent life, literary magazines have had great importance in the development of our literature. This article describes issues treated by *El Museo Popular* (*The Popular Museum*), a magazine founded in 1840, which includes samples of work and author indexes, Mexican and foreign writers, articles and translations with and without signature, scientific topics, poems, biographic reports, chronicles and historical reviews. The author concludes that these “papers” are only instruments designed to help and give support to those investigators interested in the subject.

PRESENTACIÓN



entro de la ortodoxia de la investigación literaria, supongo que cada quien adopta y adapta diferentes formas de trabajo. Desde que comencé a trabajar en revistas literarias mexicanas del siglo XIX, el primer paso que daba era levantar un índice total de la revista. Anotaba el título —completo— del primer artículo, así como el nombre del autor, la fecha del calce, si la llevaba, y cualquier indicación sobre su procedencia —que podía ir desde el nombre de una revista española, francesa o inglesa, por ejemplo, hasta un simple trad., cop., remitido o referencias similares—. Y así me seguía anotando hasta

* Escritor y poeta, nacido en Lima, Perú, en 1941. Es un destacado estudioso de la literatura mexicana del siglo XIX.

llegar a la última página, por lo general el índice. Al principio también levantaba una lista de las ilustraciones sin paginar o en hoja independiente, pero dejé de lado muy pronto este inventario por la cantidad de hojas que se arrancaban de las revistas, por la inseguridad —si no había pautas de colocación de láminas— sobre la totalidad del número que incluía el ejemplar original y, también, por mi ignorancia sobre este ramo de las artes gráficas. Ya con la lista en la mano, procedía a la fotocopia total de la revista. Después anotaba en cada artículo el nombre de la revista, el nombre del autor y la página. Se recortaba todo, se pegaba en hojas tamaño carta y se clasificaba por el nombre alfabético de autor. Si, por ejemplo, se daba el caso de que encontraba un artículo de Prieto sobre Payno, se hacía una nueva copia y se incluía en la carpeta de Payno. Éste era, y es, un trabajo aburrido, monótono, absurdo y agotador, pero en él ocupé muchas horas de los seis años en que me consideré vampiro y trabajé de noche y dormí de día.

Por los años 60 del siglo xx, el Centro de Estudios Literarios de la UNAM realizó una truncada pero excelente labor de investigación y publicación de índices de revistas literarias mexicanas del siglo xix. Fue un trabajo exhaustivo, minucioso y profesional, en que no sólo se daba el inventario sino que se describían los contenidos de lo publicado y se realizaba un amplio y erudito estudio sobre la revista trabajada y su contexto. Una verdadera y utilísima maravilla. Se publicaron, hasta donde conozco, los índices de *El Domingo* (1871-1873), *El Nacional* (1880-1884), *El Renacimiento* (1869), *Revista Azul* (1894-1896), *Revista Moderna* (1898-1903), y ya en los 80, el de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. Paralelamente, pero de forma esporádica, los institutos literarios y de publicaciones de la UNAM también se dieron a la labor de editar facsímiles completos de revistas del siglo xix, con prólogos que incluían índices y estudios tan valiosos como los que llevaban las ediciones de índices. *El Renacimiento* (1869), *El Recreo de las Familias*, *El Iris*, *El Mercurio*, *Ilustración Potosina*, *Revista Moderna*, *Revista Azul* y *El Año Nuevo*. Una editorial privada, Cosmos, editó un facsímil de *El Presente Amistoso*, impreso por Cumplido en 1847, sin índice ni estudio, pero valioso aporte para la investigación literaria. También se publicó un incompleto índice de los trabajos literarios en *El Siglo Diez y Nueve*, y otro, más cuidado y de igual tema, sobre *El Mundo Ilustrado de 1905 a 1910*. Es muy probable que en los cinco últimos años

se hayan publicado más índices y facsímiles de revistas literarias mexicanas del siglo XIX, pero mi alejamiento de México y la enorme dificultad o imposibilidad de estar enterado —y peor, al día— de lo que se publica sobre lo que podría decir que era “mi tema”, me hacen dejar en blanco lo sucedido después del año 2000. Sin embargo, sí llegaron a mis manos, gracias a la amistad y gentileza de Vicente Quirarte, los dos excelentes tomos de *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX*, en que se realiza un inventario y descripción de lo indicado en el título. Y ya en este somero conjunto de indicaciones, debe resaltarse la importante e ignorada labor del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, que traía en sus páginas no sólo trabajos literarios de exposición y análisis literario sobre el siglo XIX, sino también bibliografías —más indicativas que exhaustivas— de autores y revistas de ese siglo.

Es dentro de este contexto en el que deseo incluir la publicación de mis “papeles de trabajo” sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Es obvio que son papeles de ayuda, de apoyo, y que sólo pueden servir como punto de inicio y referencia para investigaciones y bibliografías como las que he indicado. Cualquier otra pretensión sería absurda.

Moià, 2006 **

EL MUSEO POPULAR

Proyecto. La fecha del primer número es el 15 de enero de 1840, por lo que se debe aceptar que el proyecto de la revista debió haberse iniciado a más tardar en 1839.

Primer número. Aunque el primer número lleva esa fecha, lo cierto es que se demoró la publicación, atrasando de paso todos los números siguientes y obligando a fijar como fecha de publicación el 10 y 25 de cada mes (seguramente en lugar del 15 y 30, que se habría planeado):

**Durante años, Fernando Curiel y Belem Clark de Lara han insistido en que reúna mis papeles dispersos y los vaya publicando. Ojalá no resulte una caja de Pandora. De cualquier manera, sólo ellos serán los responsables de la idea, lo cual, sin duda, les agradezco.

Dificultades imprevistas hicieron que el primer número de este periódico no se publicara en el día que habíamos señalado; necesariamente han sufrido igual atraso los números posteriores; por lo que advertimos que para evitar en lo sucesivo esta falta, se repartirá puntualmente este periódico los días 10 y 25 de todos los meses.

Números. Puede afirmarse, sin dudar, que hasta la página 216, de las 264 de la revista, cada número tuvo 24 páginas. En principio, y debido a la ordenación tipográfica, resulta fácil determinar la finalización de cada número y, claro, el inicio del siguiente. Y si se acepta que por el atraso *El Museo Popular* se inició el 25 de enero, y el número 2 el 10 de febrero en lugar del 30 de enero, resulta también fácil fijar las fechas probables: núm. 1 (24 p., 25 ene.), núm. 2 (48 p., 10 feb.), núm. 3 (72 p., 25 feb.), núm. 4 (96 p., 10 mar.),¹ núm. 5 (120 p., 25 mar.),² núm. 6 (144 p., 10 abr.), núm. 7 (168 p., 25 abr.), núm. 8 (192 p., 10 mayo), núm. 9 (216 p., 25 mayo), núm. 10 (264 p., fin de *El Museo Popular*).

Número 10. De acuerdo con esta paginación, el número 10 debería terminar en la página 240, lo cual no sucede, y todo pareciera indicar que el último número es doble, con 48 páginas, terminando en la 264, última página, donde se indica, sin explicación, que termina la publicación de *El Museo Popular*, y se agradece a los suscriptores.

El hallazgo de algún ejemplar de la revista con las cubiertas de reparto permitiría tener ideas más aproximadas sobre las dos principales dudas que podrían tenerse al respecto: primera, si fueron 10 u 11 los números totales de la revista, o si el número 10 trajo el doble de páginas; segunda, la fecha del último número, aunque esto también podría plantear dudas si es que se mantiene la fecha establecida y no la verdadera, como en el primer número.

¹ Se avisa de los atrasos y se anuncia el cambio de las fechas de la entrega, corriéndose 10 días a lo planeado: del 15 al 25 y del 30 al 10 de cada mes.

² Se explica sobre el atraso del número 5, por ocupaciones de la imprenta. No se indica si en el número siguiente se recupera la fecha fijada o si ésta volverá a correrse en los siguientes números debido a esta nueva demora.

Cubiertas. Por las costumbres de la época, cada número de la revista debería publicarse con unas cubiertas en las cuales se da el título, los miembros directivos, mensajes a los representantes fuera de la capital, el nombre del impresor, a veces alguna publicidad circunstancial, el índice, algún grabadito como adorno, en fin, se emplea el espacio que dan cuatro páginas de protección a las páginas del número.

Impresor. Sólo en la última línea del primer número, página 24, aparece el nombre del impresor: "Impreso por Juan Ojeda, calle de las Escalerillas n. 2".

Introducción. Terriblemente agresiva para la época, atacando por igual a jóvenes y adultos:

Por desgracia, nuestra patria no recobró con su gloriosa libertad política, la libertad de la razón y de la filosofía:

- (1) vegetan aun varios de nuestros sabios en vergonzosa servidumbre;
- (2) mientras la mayoría de nuestra juventud, más audaz, pero más ignorante, desprecia las cosas sin conocerlas;
- (3) trae al tribunal de su intolerante juicio a hombres a quienes se tributa con veneración el incienso sagrado de la gloria.

Por esto es, a nuestro entender, difícil empeño de escribir en Méjico;

- (4) hay personas verdaderamente sabias, que acumulan durante su vida entera las riquezas de la instrucción, y que tiemblan como el avaro, cuando se les propone que muestren sus tesoros a los demás;
- (5) conocemos sujetos ilustrados, pero a quienes lastima la reputación ajena, y que parece que se desdeñan de admirar a los demás;
- (6) hemos visto otros, semejantes al cerdo de la fábula, que concurre al baile sólo a gruñir; sin embargo, confesamos en obsequio de la justicia, que hay un crecido número de hombres deseosos de que se propaguen los conocimientos útiles, de que campee la razón sin obstáculos, finalmente de que se funde nuestra felicidad pública por la mano robusta de la sabiduría.³

³ La división en párrafos numerados y las cursivas son mías.

Letrán y *El Año Nuevo*. He sostenido en el prólogo a la edición facsimilar de *El Año Nuevo*, que en mi opinión la Academia de Letrán se dispersó a finales de 1838 o principios de 1839, y cito en mi apoyo una serie de testimonios directos e indirectos que lo comprueban. La publicación de *El Museo Popular* es también un apoyo a mi posición. Guillermo Prieto, una de las figuras claves de la Academia, no colabora en el anuario de 1840 —formado en 1839 con todo el apresuramiento e improvisación posible por Ignacio Rodríguez Galván— y ocupa los finales de 1839 en planear la publicación de una revista ajena a la Academia, para publicarla casi simultánea a *El Año Nuevo de 1840*. Sus colaboradores en el proyecto no son sus antiguos contertulios. En realidad sólo Ignacio Rodríguez Galván, siempre generoso y ajeno a rencores, entrega a Prieto dos colaboraciones: un artículo sobre teatro y un poema, “Eva ante el cadáver de Abel”. Si, como se considera, las iniciales J. N. corresponden a Joaquín Navarro y A. L. a Antonio Larrañaga, fallecido en 1838, el aporte del primero es por completo insulso y la presencia póstuma del segundo carece de relevancia. Los otros colaboradores mexicanos no eran, en esos años, escritores conocidos: el José María Andrade que colabora, no es el Manuel Andrade de la Academia de Letrán; Calero es un poeta yucateco que desde Estados Unidos envía colaboraciones —poemas— a todas las revistas mexicanas; Casimiro del Collado es un jovencito santanderino recién llegado a México para trabajar en el comercio, y que se dejaba seducir por la literatura; José María Lafragua venía de Puebla, dispuesto a iniciar su carrera política y literaria; Camilo Bros debutaba en esos menesteres; Ruz de Cea era un espontáneo, y el poema de Gorostiza significaba más un refrito que una colaboración. Prieto estaba solo, sin sus amigos de antes, porque, como opino, la Academia de Letrán ya había dejado de reunirse e, incluso, él estaba distanciado de sus amigos. ¿Se deberá a esa soledad la agresividad contra jóvenes y adultos en la presentación de *El Museo Popular*?

Colaboradores. Si alguna importancia literaria puede tener *El Museo Popular*, ésta se basa en su totalidad en los aportes de Prieto y Rodríguez Galván. En cambio, en significados para la historia literaria pueden señalarse algunas colaboraciones: la traducción de Lord Byron por Lafragua y Collado, y, quizá de los mismos traductores, la de Ossian; el error en la

elección del insignificante texto de Víctor Hugo, y el señalamiento de un interés por la educación y el teatro, aunque resultara efímero. De cualquier forma, debe resaltarse el valor del remitido: “64 Teatro principal. Artículo remitido, por G. Ruz de Cea, 181”.

La respuesta de la revista y el siguiente artículo sobre las unidades clásicas de la obra teatral: “83 De las formas dramáticas, por A. L., 245”, que si nos descuidamos también se atribuirá al fallecido Antonio Larrañaga.

Costumbrismo. La verdadera importancia histórica de *El Museo Popular* se fundamenta en la publicación de dos significativos textos del costumbrista español Ramón de Mesonero Romanos —“El amante corto de vista” y “La político-manía”— pero, sobre todo, la publicación de los primeros cuadros de costumbres mexicanos, atribuidos a Guillermo Prieto: agregado nacional a “Primer día de Año Nuevo”, ubicado en Escocia; “Costumbres mejicanas: Un domingo”; agregado nacional a “Ensayo histórico sobre las modas”; “Lecciones a un periodista novel”, y “Las doncellas”. En verdad, de estos escritos el único que tiene un cierto valor es “Un domingo”, el resto resulta bastante ingenuo y sin la gracia, la chispa popular, que caracterizará a Guillermo Prieto.

Y aquí también se presenta la ocasión para evidenciar de pasada la falta de precisión de la memoria de Prieto: “y yo a nuestras costumbres, cuyos cuadros me había yo atrevido a exponer al público en el Domingo, periódico que redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudios”. (p. 217 de *Memorias de mis tiempos*).

Prieto y Don Benedetto. En la revista Guillermo Prieto publicó, firmando con su nombre, seis poemas que aún no tienen la menor sombra de lo que pocos años más tarde se llamará “la musa callejera” y convertirá al autor en el “Romancero nacional” y en “el poeta más popular de México”. Son poemas convencionales y con todos los caracteres de época, incluyendo tímidos asomos románticos: 6 “La desesperación”, 15; 18 “Ernesto”, 43; 24 “El caballo salvaje”, 62; 33 “Letrilla”, 77; 40 “El celaje”, 101; 54 “La libertad”, 143.

También con su apellido y la inicial de su nombre publica una traducción que, es obvio, no se refiere a México sino a España, a la resisten-

cia contra la invasión napoleónica de 1809: “65 Toma de Zaragoza (Trad. por G(uillermo). Prieto), 191”.

En sus memorias, Prieto declara que: “Érase el año de 1840, y publicaba yo con el seudónimo de Don Benedetto, en *El Museo Popular*, los versos siguientes, tomados de mi comedia titulada ‘El Alférez’” (p. 375), versos que se encuentran al final del artículo de costumbres, firmado por *D. Benedetto*, “Un domingo”: “17 Costumbres mejicanas. Un domingo, por *D. Benedetto*, 36”.

Esta información descarta cualquier duda de que este trabajo no sea de Prieto y confirma que *D. Benedetto* es el seudónimo que emplea en *El Museo Popular*. Sin embargo, en verdad sólo figura en la revista un artículo firmado con ese seudónimo. El resto, que se atribuye a Prieto por estar firmado con la B de *D. Benedetto*, o... del apellido Bros, del otro director de la revista, presenta algunos problemas.

Son cuatro las colaboraciones firmadas con sólo una “B”: “6 Fabricación del Lacre, sin firma (Trad. por B.)”, 33; “9 Primer día de Año Nuevo (Trad.)”, con un agregado firmado por B., 18; “20 Ensayo histórico sobre las modas”, por B., 47; “52 Lecciones a un periodista novel, por B.”, 129.

En principio se acepta que la traducción “Fabricación del Lacre” no pertenece a *D. Benedetto* sino a Bros, por tratarse un tema que no es propio de los intereses de Prieto. En cambio, los tres restantes sí se consideran como escritos por él.

El “Primer día de Año Nuevo”, al igual que “Ensayo histórico sobre las modas”, pertenece a: “los artículos cuyas traducciones presentaremos sucesivamente, con sus respectivas adiciones y comentarios adaptados a nuestras circunstancias...”

Pensar que correspondió a Guillermo Prieto hacer los agregados y firmar con una simple “B” es tan peregrino como la probabilidad de que sea de la autoría de Bros. Los agregados no tienen la menor importancia, gracia u originalidad para justificar atribuírselos a Prieto y descartar de forma radical que sean de Bros. Pero, de cualquier manera, son tan riesgosas estas atribuciones, que “Lecciones a un periodista novel”, firmado también con una “B” y atribuido a Prieto, tiene entre los consejos dados: “Procurar proveerte de *alguna real orden* [la cursiva es mía], en cuya virtud se suscribiesen a él diez o doce centenares de ayuntamientos”, lo cual resulta insólito en una república independiente como era en ese entonces

México, y, en cambio, más propio, digamos, de España, y, es evidente, de un costumbrista español.

Similar problema presenta “Las doncellas”, también atribuido a Prieto por el “D. Benedetto” de la firma y el olvido del agregado “I de F. J.”: “32 Las doncellas por D. Benedetto I del F. J, 74”. Al igual que lo dicho al referirme a “Lecciones a un periodista novel”, las atribuciones son asuntos muy riesgosos. En la advertencia 6^a de “Las doncellas” se dice que “mucho cuidado” con “las que hablen de política y respondan a una declaración amorosa con un artículo de reformas del *Independiente* o del *Cosmopolita*”, siendo así que en 1840 no existía en México ningún diario o revista con esos títulos y, según tengo entendido, sí existían en España.

Quedan, por último, de Prieto, *D. Benedetto*, *B* y las atribuciones, los cuatro artículos sobre “Instrucción Pública”, publicados sin firma, los dos primeros en calidad de “remitidos” y los dos siguientes como defensa a ataques recibidos por lo dicho sobre el Colegio Seminario en los que, al parecer, hasta se llamó a los directores de la revista “mozalbetes [*sic*] casquivanos del *Museo Popular*”: 13 “Instrucción Pública. Remitido”, sin firma, 25; 23 “Instrucción pública. Remitido”, sin firma, 58; 37 “Instrucción Pública, Colegio Seminario”, sin firma, 89; 48 “Instrucción Pública. Colegio Seminario”, sin firma, 117.

No creo que este tema de Instrucción Pública fuese de un interés muy marcado en Prieto cuando rondaba los 22 años de edad. Que opinó, que dijo, que agregó alguna frase y hasta alguna idea, es posible creerlo, pero dudo que él fuese la cabeza directriz en este asunto. Existe el testimonio directo en el sentido de que estaba comprometido con el tema, pero debe tenerse presente que en su declaración hasta la redacción de artículos la escribe en plural: “redactábamos Camilo Bros y yo, pronunciándonos contra los vicios de la educación clerical y de los sistemas de estudios”.

Por último, cabe aclarar que en el “Índice por autores” se anotan los artículos que han sido incluidos en obras completas en circulación y de fácil consulta —ver la bibliografía, con índices bibliográficos, ediciones facsimilares y recuperación de obras de escritores de la Academia de Letras—, y que por tanto resultaba innecesario incluir en la selección de artículos. El poema de Gorostiza, si bien conocido, no resulta un exceso volver a publicarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- BATIS, Huberto. *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios, 1963, 328 p.
- _____. *El Renacimiento. Periódico literario (México, 1869)*. Ed. facs. México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 1979.
- CALDERÓN, Fernando. *Obras poéticas. (Parnaso Mexicano 1844)*. Ed. facs. Ed., pres. y apéndices Fernando Tola de Habich. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 1999 (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- CAMPOS, Marco Antonio. *La Academia de Letrán*. México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 2004, 89 p.
- CARPIO, Manuel. *Poesía*. Ed. facs. Pres. y apéndices Fernando Tola de Habich. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 1998 (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- CASTRO, Miguel Ángel y Guadalupe Curiel (coord.). *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX (1822-1855). Fondo Antiguo de la Hemeroteca Nacional y Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México (Colección Lafragua)*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000, XVIII + 661 p. (Ida y Regreso al Siglo XIX). [Ver: "167. El Museo Popular", p. 280 a 282].
- CLARK DE LARA, Belem. *La Ilustración Potosina. Semanario de Literatura, Poesía, Novelas, Noticias, Descubrimientos, variedades, modas y avisos (1869), por José T. Cuéllar y José María Flores Verdad*. Ed. facs. México: UNAM-IIFL, 1989, 81 p.
- _____. y Fernando Curiel Defossé. *Revista Moderna de México (1903-1911)*.
I. Índices. II. Contexto. México: UNAM-IIFL, 2002, 2 t.
- CUMPLIDO, Ignacio. *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*. México: 1851, 435 p. + lám. Ed. facs. México: Editorial Cosmos, César Macazaga Ordoño, 1976.
- CURIEL, Fernando. *Revista Moderna. (1898-1903)*. Ed. facs. México: UNAM-Coordinación de Difusión Cultural, 1987, 5 t.
- _____. *Revista Azul. (1894-1896)*. Ed. facs. México: UNAM-Coordinación de Difusión Cultural, 1988, 5 t.

- DEVEGA, Nelson R. Universidad de Missouri-Columbia: *El Mundo Ilustrado como vehículo literario de 1905 a 1910*. México: Ediciones del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1974, 217 p.
- DÍAZ ALEJO, Ana Elena y Ernesto Prado Velázquez. *Índices de El Domingo*. (1871-1873). México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 1968, 414 p.
- _____. *Índices de El Nacional* (1880-1884). México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios., 1968, 414 p.
- _____. *Índice de la Revista Azul* (1894-1896). México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 1968, 414 p.
- ESTRADA, José T. "El Museo Popular. Periódico de Ciencias, literatura y Artes (1840)", en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, núm. 375, 15 sep. 1967, p. 17. [Agrega en el mismo artículo cuatro autores de *El Amigo de la Juventud* (1835) y continúa con *La Hesperia* (1840-1841)].
- LACUNZA, José María (Obra). *Los muchachos de Letrán*. Estudio y recop. de Ángel Muñoz Fernández. México: Factoría Ediciones, 1997, 401 p.
- LAFRAGUA, José María. *Obras*. Ed., pról. y notas: Fernando Tola de Habich. México: Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, 2000, 2 t.
- MARTÍNEZ DE CASTRO, Luis. *La visita inesperada. Crónicas y traducciones*. Ed. y estudio introd. de Marco Antonio Campos. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 2003, 166 p. (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- MATA, Óscar. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 1999, 166 p. (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- MCLEAN, Malcolm Dallas. *El contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve"*. Washington, D. C.: Inter-American Bibliographical and Library Association, 1940, 75 p.
- MIRANDA CÁRABES, Celia. *Índice de la Revista Nacional de Letras y Ciencias (1889-1890)*. México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 1980, 158 p.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángel. *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*. México: Factoría Ediciones, 1995, XXI + 880 p.
- _____. *Los muchachos de Letrán. Antología*. México: Factoría Ediciones, 2004, LI + 446 p.
- PAYNO, Manuel. *Obras completas*. Ed. de Boris Rosen Jélomer. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996-2003, 14 t.

- PESADO, José Joaquín. *Obra literaria*. Recop., pról. y notas de Fernando Tola de Habich. México: UNAM-Coordinación de Humanidades / Gobierno de Puebla, secretaría de Cultura, 2001, 420 p. + facsímil. 2 t. (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- PRIETO, Guillermo. *Obras completas*. Ed. de Boris Rosen Jélomer. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992-1999, 29 t.
- RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio. *Obras*. Pról. y apéndices: Fernando Tola de Habich. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 1994, 2 t. (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen. *Índice de revistas literarias del siglo XIX (ciudad de México)*. México: UNAM-IIFL, 1999, 81 p.
- _____. *Minerva. Periódico literario*. Pres., notas e índice de... México: UNAM-Dirección General de Publicaciones, 1972, xv + 86 p.
- _____. *El Iris (México, 1826). Periódico crítico y literario*. Ed. facs. México: UNAM-IIB, 1986, 2 t.
- _____. *El Recreo de las Familias (1838)*. Ed. facs. México: UNAM-IIB, 1986, 2 t.
- TOLA DE HABICH, Fernando. *El Año Nuevo de 1837 (1837-1840)*. Ed. facs. México: UNAM-Coordinación de Humanidades, 1996, 4 t. (Ida y Regreso al Siglo XIX).
- VALDÉS, Héctor. *Índice de La Revista Moderna. Arte y ciencia (1898-1903)*. México: UNAM-IIFL-Centro de Estudios Literarios, 1967, 302 p.

EL MUSEO POPULAR

ÍNDICES

I Índice general

- 1 Introducción, *sin firma*, 1.
- 2 Ideología, por J. N., 2.
- 3 Las palabras (cop.), 4.
- 4 (*El primero que unió las palabras a la música...*) (trad.), 6.
- 5 Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer, *sin firma* (trad. por C. Bros), 7.
- 6 La desesperación, por Guillermo Prieto, 15.
- 7 Pensamientos, por J. N., 16.
- 8 Descripción pintoresca del mes de Enero (cop.), 16.
- 9 Primer día de Año Nuevo (trad.) Con un agregado firmado por B., 18.
- 10 Influencia del bello sexo (cop.), 19.
- 11 Teatro. Falso testimonio, *sin firma*, 23.
- 12 La leche de la Virgen María (trad.), 24.
- 13 Instrucción pública. Remitido, *sin firma*, 25.
- 14 Aereografía, por C. Bros, 28.
- 15 Vacuna. Remitido, *sin firma*, 31.
- 16 Fabricación del Lacre, *sin firma* (trad. por B.), 33.
- 17 Costumbres mejicanas. Un domingo, por D. Benedetto, 36.
- 18 Ernesto, por Guillermo Prieto, 43.
- 19 Romance morisco, por M. E. de Gorostiza, 46.
- 20 Ensayo histórico sobre las modas, por B., 47.
- 21 Ciencias naturales (*Diario de Conocimientos Útiles*, París), 49.
- 22 El amante corto de vista, por Mesonero, 52.
- 23 Instrucción pública. Remitido, *sin firma*, 58.
- 24 El caballo salvaje, por Guillermo Prieto, 62.
- 25 Aereografía. De la atmósfera, por C. Bros, 63.
- 26 Colegio seminario, por EE., 66.
- 27 Máscaras, *sin firma*, 66.
- 28 Escribir como un ángel (Ángelo) (trad.), 67.
- 29 Teatro, por I. Rodríguez, 67.

- 30 Teatro, *sin firma*, 72.
- 31 La ciega, por José Fernández de la Vega, 73.
- 32 Las doncellas, por D. Benedetto I del F. J., 74.
- 33 A... Letrilla, por Guillermo Prieto, 77.
- 34 Pensamientos de un soltero, *sin firma* (trad. por J. M. Andrade), 79.
- 35 Lekain-Vendome, *sin firma* (trad. por C. Bros), 81.
- 36 Historia de una botella contada por ella misma, *sin firma* (trad. por J. M. Andrade), 87.
- 37 Instrucción Pública, Colegio Seminario, *sin firma*, 89.
- 38 (*Dificultades imprevistas hicieron...*), 96.
- 39 La político-manía, por Mesonero, 97.
- 40 El celage, por Guillermo Prieto, 101.
- 41 Sobre la excesiva locuacidad (cop.), 103.
- 42 Abul-Hacem. Novela de 1174, por J. M. de A., 104.
- 43 Las catacumbas de Alejandría, por N. P. P., 113.
- 44 Reseña biográfica de doña María Napoleona Albini de Vellani, por F. G., 114.
- 45 Horticultura. Del modo de fertilizar los árboles frutales (*Prop. de Con. Útil*), 116.
- 46 Epitafio, *sin firma*, 117.
- 47 Epigrama, *sin firma*, 117.
- 48 Instrucción Pública. Colegio Seminario, *sin firma*, 117.
- 49 (*Por ocupaciones de la imprenta no fue posible...*), 120.
- 50 Los tembladores, 1833 (*Recuerdos e impresiones de mis viajes*), por L. P., 121.
- 51 El café, *sin firma* (trad.), 124.
- 52 Lecciones a un periodista novel, por B., 129.
- 53 Margarita, Crónica de 1570, por J. M. de A., 132.
- 54 La libertad, por Guillermo Prieto, 143.
- 55 Sentencias morales, *sin firma*, 144.
- 56 Epigrama, *sin firma*, 144.
- 57 Abdhul-Adhel o el Mantes. Cuento del siglo xv, por L. G. Bravo. (*El Artista*) 145.
- 58 Fragmentos de historia, por Victor Hugo (trad.), 154.
- 59 Los amores de diligencia (trad. para el *Museo*), 159.
- 60 La campana de las doce, por Casimiro Collado, 164.

- 61 Costumbres alemanas (*El Patriota*), 166.
- 62 Emigración de las aves, *sin firma*, 169.
- 63 Magnetismo animal, *sin firma*, 171.
- 64 Teatro Principal. Artículo remitido, por G. Ruz de Cea, 181.
- 65 Toma de Zaragoza (trad. por G. Prieto), 191.
- 66 Tradiciones alemanas. El torneo, *sin firma*, 193.
- 67 Raro testamento de L. Cortusio de Padua, en el año de 1418, *sin firma*, 194.
- 68 Raro descubrimiento de un tesoro, *sin firma*, 195.
- 69 Ramiro, por E. de O., 196.
- 70 Bacon, *sin firma*, 207.
- 71 Eva ante el cadáver de Abel, por I. Rodríguez, 211.
- 72 Profundidad del mar, *sin firma*, 214.
- 73 Apega (Suplicio de la), *sin firma*, 216.
- 74 Campanas, por EE., 216.
- 75 Chisme, *sin firma*, 216.
- 76 Nociones generales sobre los egipcios (trad. para el *Museo*), 217.
- 77 Rarezas que se observan en la historia natural (trad. para el *Museo*), 222.
- 78 Educación y condición social de las mujeres de Paris (trad.), 224.
- 79 El seductor y la víctima, *sin firma*, 226.
- 80 La ópera de la calle, *sin firma*, 228.
- 81 El bosque, por C. Collado, 231.
- 82 Carric-thura: Poema de Ossian (trad. para el *Museo*), 234.
- 83 De las formas dramáticas, por A. L., 245.
- 84 Un árbol de invierno, por Vicente Calero Quintana, 252.
- 85 Las tinieblas por Lord Byron (trad. para el *Museo Popular* por J. M. L. y C. C.), 253.
- 86 Meteorología. Causas de los vientos, *sin firma*, 255.
- 87 Novias y queridas, por D. (cop.), 259.
- 88 El aparecido, *sin firma*, 261.
- 89 Del epigrama, *sin firma*, 263.
- 90 (Con este número concluye el *Museo Popular...*), 264.

II Índice por autores

ANDRADE, José María (México, Hidalgo, 1807 - ciudad de México, 1883)

34 Pensamientos de un soltero, *sin firma* (trad. por J[osé]. M[aría]. Andrade), 79.

36 Historia de una botella contada por ella misma, *sin firma* (trad. por J[osé]. M[aría]. Andrade), 87.

42 Abul-Hacem. Novela de 1174, por J[osé]. M[aría]. de A[ndrade]., 104.

53 Margarita, Crónica de 1570, por J[osé]. M[aría]. de A[ndrade]., 132.

María del Carmen Ruiz Castañeda consigna que J. M. de A. posiblemente sean las iniciales de José María Andrade, quien las utilizó para firmar estos cuentos inspirados en textos similares del escritor español Eugenio de Ochoa.

B. Inicial del apellido de Camilo Bros. También se le atribuye la autoría de los textos firmados por B a Guillermo Prieto, por ser la primera letra de su seudónimo D. Benedetto.

(BENEDETTO, D.) Seudónimo de PRIETO, Guillermo (ciudad de México, 1818-1897)

BRAVO, L. G. (¿Español?)

57 Abdhul-Adhel o el Mantes. Cuento del siglo xv, por L. G. Bravo. (*El Artista*), 145.

BROS, Camilo (Estado de México, 1812? - San Luis Potosí, 1888)

5 Veinte y cuatro horas de la vida de una mujer, *sin firma* (trad. por C[amilo]. Bros, 7.

Drama romántico, ambientado en Francia (y probablemente traducido del francés), sobre el enfrentamiento entre dos hermanas enamoradas del mismo hombre, al que ambas han aceptado. La mayor, ya viuda y en vísperas de casarse, descubre que su hermana menor ama al novio, que corresponde a sus amores, y en consecuencia renuncia a casarse y cede el novio a la hermana. A los pocos días de la boda, la hermana viuda muere y los nuevos esposos terminan separándose y viviendo una vida llena de remordimientos e infortunios.

14 Aerografía, por C[amilo]. Bros, 28.

16 Fabricación del Lacre, *sin firma* (trad. por B.), 33.

Inicial del apellido de Bros, pero también de *Benedetto*, seudónimo usado por Guillermo Prieto en esta revista; Boris Rosen no lo considera como trabajo de Prieto. Ruiz Castañeda afirma que esta inicial fue usada por Camilo Bros en *El Museo Popular* para obras originales y traducciones. Sin embargo, también se atribuyen a Prieto textos de esta misma revista firmados sólo con una B.

25 Aerografía. De la atmósfera, por C[amilo]. Bros, 63.

35 Lekain-Vendome, *sin firma* (trad. por C[amilo]. Bros), 81.

BYRON, Lord (Inglaterra, 1788-1824)

85 Las tinieblas, por Lord Byron (trad. para el *Museo Popular* por J[osé]. M[aría]. L[afragua]. y C[asimiro]. C[ollado].), 253.

CALERO QUINTANA, Vicente (México, Yucatán, 1817-1853)

84 Un árbol de invierno, por Vicente Calero Quintana, 252.

COLLADO, Casimiro (España, Santander, 1822 - ciudad de México, 1898)

60 La campana de las doce, por Casimiro Collado, 164.

81 El bosque, por C[asimiro]. Collado, 231.

85 Las tinieblas, por Lord Byron (trad. para el *Museo Popular* por J[osé]. M[aría]. L[afragua]. y C[asimiro]. C[ollado].), 253.

EDITORES (La Redacción)

1 Introducción, *sin firma*, 1.

Es bastante probable que fuera escrita por cualquiera de los editores —Prieto o Bros— y que recibiera del otro la conformidad o la sugerencia de algún arreglo o cambio. Por el tono agresivo sobre el medio intelectual, es posible inclinarse por suponer que el redactor fue Prieto.

26 Colegio seminario, por EE., 66.

38 (*Dificultades imprevistas hicieron...*), 96.

49 (*Por ocupaciones de la imprenta no fue posible...*), 120.

74 Campanas, por EE., 216.

75 Chisme, *sin firma*, 216.

90 (*Con este número concluye el Museo Popular...*), 264.

FERNÁNDEZ DE LA VEGA José (¿Español?)

31 La ciega, por José Fernández de la Vega, 73.

G. F. (F. G.)

44 Reseña biográfica de doña María Napoleona Albini de Vellani, por F. G., 114.

GOROSTIZA, Manuel Eduardo (México, Veracruz, 1789 - ciudad de México, 1851)

19 Romance morisco, por M[anuel]. E[duardo]. de Gorostiza, 46.

HUGO, Victor (Francia, 1802-1885)

58 Fragmentos de historia, por Victor Hugo (trad.), 154.

LAFRAGUA, José María (México, Puebla, 1813 - ciudad de México, 1875)

85 Las tinieblas, por Lord Byron (trad. para el *Museo Popular* por J[osé]. M[aría]. L[afragua]. y C[asimiro]. C[ollado].), 253.

Obras I, p. 207-210.

L. A. (A. L.)

83 De las formas dramáticas, por A. L., 245.

MESONERO ROMANOS, Ramón de (España, 1803-1882)

22 El amante corto de vista, por Mesonero, 52.

39 La político-manía, por Mesonero, 97.

N. J. (J. N.)

Se atribuyen estas iniciales específicamente a Joaquín Navarro (1820-1851), a quien se considera el único escritor que las ha utilizado en México para firmar sus trabajos. En el momento de la publicación de sus dos artículos en *El Museo Popular*, Navarro estaría en vísperas de cumplir 20 años de edad. Perteneció a la Academia de Letrán, fue muy amigo de todos los miembros de esta brillante generación literaria y política, colaboró en *El Año Nuevo* de 1838 y 1839 con un par de poemas. Murió a los 31 años de edad, cuando era senador por la ciudad de México. No llegó a reunir sus trabajos literarios en un libro.

2 Ideología, por J. N., 2.

Artículo de difusión cultural sobre una nueva ciencia que no se conocía en México: "El abandono casi universal que se ha visto entre nosotros de esta ciencia, es la causa de que pasen por sabios tantos hombres que no tienen más arte que el de vestir con frases pomposas, pensamientos pobres y vanos en el fondo".

7 Pensamientos, por J. N., 16.

Meditación sobre el paso del tiempo, con referencia a 1839.

OCHOA, Eugenio de (España, 1815-1872)

69 Ramiro, por E. de O., 196.

Iniciales de Eugenio de Ochoa, costumbrista español y director del *El Artista*, importante revista del romanticismo español.

OSSIAN (Inglaterra, siglo III - siglo XVIII)

Nombre que utilizó el poeta inglés James MacPherson (1736-1796) para publicar unos poemas que atribuyó a un supuesto bardo gálico del siglo III, descubiertos y traducidos por él. Alcanzó un éxito generalizado en todo Occidente, aunque se discutieran su autenticidad y el carácter de falsificación que tenían.

82 Carric-thura: Poema de Ossian (trad. para el *Museo*), 234.

P. L. (L. P.)

50 Los tembladores, 1833 (*Recuerdos e impresiones de mis viajes*), por L. P., 121.

P. P. N. (N. P. P)

43 Las catacumbas de Alejandría, por N. P. P., 113.

PRIETO, Guillermo (D. *BENEDETTO*; B.) (ciudad de México, 1818-1897)

6 La desesperación, por Guillermo Prieto, 15.

Poema de extraños amores en conflicto, sobre la madre muerta y la amada. *Obras Completas* de Guillermo Prieto, t. xi, p. 81-83.

9 Primer día de Año Nuevo (trad.) Con un agregado firmado por B., 18.

A un breve artículo referente a las costumbres en Escocia, traducido quizá del inglés, se agrega una nota de casi igual extensión en que se comentan las costumbres de las familias mexicanas devotas. Aunque pueda creerse que la B. de la firma corresponde a Camilo Bros, se ha atribuido a Prieto: *Obras Completas* de Guillermo Prieto, t. ii, p. 37, 38.

13 Instrucción Pública. Remitido, *sin firma*, 25.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 25-28.

17 Costumbres mejicanas. Un domingo, por D. *Benedetto*, 36.

Benedetto, seudónimo usado por Guillermo Prieto en esta revista. *Obras Completas* de Guillermo Prieto, t. ii, p. 39, 47.

18 Ernesto, por Guillermo Prieto, 43.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xi, p. 87-92.

20 Ensayo histórico sobre las modas, por B., 47.

Inicial del apellido de Bros pero también de *Benedetto*, seudónimo usado por Guillermo Prieto en esta revista. Boris Rosen lo incluye como obra de Prieto: *Obras Completas* de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 375-376.

23 Instrucción pública. Remitido, *sin firma*, 58.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 29-32.

24 El caballo salvaje, por Guillermo Prieto, 62.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xi, p. 93-94.

32 Las doncellas, por D. *Benedetto I del F. J.*, 74.

Benedetto, seudónimo usado por Guillermo Prieto en esta revista. *Obras Completas* de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 377-380.

33 A... Letrilla, por Guillermo Prieto, 77.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xi, p. 84, 86.

37 Instrucción Pública, Colegio Seminario, *sin firma*, 89.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 33-40.

40 El celaje, por Guillermo Prieto, 101.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xi, p. 95, 97.

48 Instrucción Pública. Colegio Seminario, *sin firma*, 117.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 40-43.

52 Lecciones a un periodista novel, por B., 129.

Inicial del apellido de Bros pero también de *Benedetto*, seudónimo usado por Guillermo Prieto en esta revista. Boris Rosen lo incluye como obra de Prieto:

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xxvii, p. 381-383.

54 La libertad, por Guillermo Prieto, 143.

Obras Completas de Guillermo Prieto, t. xi, p. 95, 97.

65 Toma de Zaragoza (trad. por G[uillermo]. Prieto), 191.

RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio (México, Hidalgo, 1816 - Habana, 1842)

29 Teatro, por I[gnacio]. Rodríguez [Galván], 67.

Obras II, p. 567-571.

71 Eva ante el cadáver de Abel, por I[gnacio]. Rodríguez [Galván], 211.

Obras I, p. 45-48.

RUZ DE CEA, G.

64 Teatro Principal. Artículo remitido, por G. Ruz de Cea, 181.

III Escritores españoles

22 El amante corto de vista, por Mesonero, 52.

31 La ciega, por José Fernández de la Vega, 73.

39 La político-manía, por Mesonero, 97.

57 Abdhul-Adhel o el Mantes. Cuento del siglo xv, por L. G. Bravo.
(*El Artista*), 145.

IV Escritores franceses

58 Fragmentos de historia, por Victor Hugo (trad.), 154.

V Escritores ingleses

82 Carric-thura: Poema de Ossian (trad. para el *Museo*), 234.

85 Las tinieblas, por Lord Byron (trad. para el *Museo Popular* por J[osé]. M[aría]. L[afragua]. y C[asimiro]. C[ollado].), 253.

VI Iniciales no identificadas

- 43 Las catacumbas de Alejandría, por N. P. P., 113.
 44 Reseña biográfica de doña María Napoleona Albini de Vellani, por F. G., 114.
 50 Los tembladores, 1833 (*Recuerdos e impresiones de mis viajes*), por L. P., 121.

VII Artículos sin firma, pero con agregados o referencias a México

- 11 Teatro. Falso testimonio, *sin firma*, 23.

Acre crítica a propaganda de función teatral donde se dice, al parecer, que el pueblo mexicano estaba contento por la llegada de un diplomático extranjero. También se hace burla del uso del diminutivo en el nombre de las actrices, en especial de una a la que llaman Joaquina, Joaquinita o Joaquinilla en los avisos de propaganda.

- 15 Vacuna. Remitido, *sin firma*, 31.

Es posible creer que el remitente de este texto sea un mexicano, pues en caso contrario no se publicaría como un "remitido a la revista".

- 27 Máscaras, *sin firma*, 66.
 30 Teatro, *sin firma*, 72.
 63 Magnetismo animal, *sin firma*, 171.

VIII Artículos sin firma y sin referencias a México

- 46 Epitafio, *sin firma*, 117.
 47 Epigrama, *sin firma*, 117.
 55 Sentencias morales, *sin firma*, 144.
 56 Epigrama, *sin firma*, 144.
 62 Emigración de las aves, *sin firma*, 169.
 66 Tradiciones alemanas. El torneo, *sin firma*, 193.
 67 Raro testamento de L. Cortusio de Padua, en el año de 1418, *sin firma*, 194.
 68 Raro descubrimiento de un tesoro, *sin firma*, 195.
 70 Bacon, *sin firma*, 207.
 72 Profundidad del mar, *sin firma*, 214.
 73 Apega (Suplicio de la), *sin firma*, 216.
 79 El seductor y la víctima, *sin firma*, 226.
 80 La ópera de la calle, *sin firma*, 228.

- 86 Meteorología. Causas de los vientos, *sin firma*, 255.
 88 El aparecido, *sin firma*, 261.
 89 Del epigrama, *sin firma*, 263.

IX Traducciones sin firmar, pero indicándose que se escribieron para *El Museo*

- 59 Los amores de diligencia (trad. para el *Museo*), 159.
 76 Nociones generales sobre los egipcios (trad. para el *Museo*), 217.
 77 Rarezas que se observan en la historia natural (trad. para el *Museo*), 222.
 82 Carric-thura: Poema de Ossian (trad. para el *Museo*), 234.

X Traducciones sin firmar y sin indicación específica de su procedencia o autoría

- 4 (*El primero que unió las palabras a la música...*) (trad.), 6.

Al final de página del artículo "Las palabras" se agrega una breve nota, donde también se denigra a la primera persona que se le ocurrió unir la palabra a la música.

- 12 La leche de la Virgen María (trad.), 24.

Relleno sobre unos polvos disueltos en agua a los que se llama leche de la Virgen y que surgen de una tierra blanca y suave que hay en una gruta de Belén, donde se dice que se ocultó la Virgen.

- 28 Escribir como un ángel (Ángelo) (trad.), 67.
 51 El café, *sin firma* (trad.), 124.
 78 Educación y condición social de las mujeres de París (trad.), 224.

XI Artículos copiados de otras revistas

- 21 Ciencias naturales (Diario de Conocimientos Útiles, París), 49.
 45 Horticultura. Del modo de fertilizar los árboles frutales (Prop. de Con. Útil), 116.
 57 Abdhul-Adhel o el Mantes. Cuento del siglo xv, por L. G. Bravo. (El Artista), 145.
 61 Costumbres alemanas (El Patriota), 166.

XII Artículos copiados sin especificar su procedencia

3 Las palabras (cop.), 4.

Este artículo concluye así: "Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusión: positivo nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!"

8 Descripción pintoresca del mes de Enero (cop.), 16.

Con todas las referencias climáticas a Europa, se expone que en cada país se tiene un ambiente adecuado y que la Naturaleza ha repartido bien la pena y los placeres.

10 Influencia del bello sexo (cop.), 19.

Trabajo extenso en el que se sostiene la idea de que la instrucción literaria de la mujer debe ser fundamentalmente moral y se concluye con cuatro máximas morales, que en sus líneas iniciales dicen: 1º La virtud religiosa no consiste en las prácticas de la devoción, sino en el cumplimiento de los deberes y en el ejercicio de las virtudes morales, combinado con la idea de la presencia del Ser Supremo que las mandó y las premiará, y con la frecuente memoria de sus beneficios en el orden sobrenatural. 2º Las obligaciones de las mujeres son muchas, fastidiosas y continuas; no hay un hombre capaz de hacerlas. 3º Para las mujeres es una obligación lo que para los hombres es un premio de la virtud; a saber, la buena fama y reputación. 4º Inspirad a las mujeres la virtud de la caridad, y habréis completado su educación moral.

41 Sobre la excesiva locuacidad (cop.), 103.

87 Novias y queridas, por D. (cop.), 259.

ARTÍCULOS

1. Introducción

He aquí el primer número del *Museo Popular*; ni recurren sus editores a las hipócritas disculpas para que se disimule su incapacidad, ni tienen la pueril preocupación de creer que sus escritos serán acogidos con entusiasmo.

En todos los países requiere un periodista, estudio profundo, tacto delicado en la elección de los artículos que debe ofrecer a la lectura y perspicaz conocimiento del gusto y de la instrucción del público para quien escribe.

Por desgracia, nuestra patria no recobró con su gloriosa libertad política, la libertad de la razón y de la filosofía: vegetan aún varios de nuestros sabios en vergonzosa servidumbre; mientras la mayoría de nuestra juventud, más audaz, pero más ignorante, desprecia las cosas sin conocerlas; trae al tribunal de su intolerante juicio a hombres a quienes se tributa con veneración el incienso sagrado de la gloria.

Por esto es, a nuestro entender, difícil empeño de escribir en Méjico: hay personas verdaderamente sabias, que acumulan durante su vida entera las riquezas de la instrucción, y que tiemblan como el avaro, cuando se les propone que muestren sus tesoros a los demás: conocemos sujetos ilustrados, pero a quienes lastima la reputación ajena, y que parece que se desdeñan de admirar a los demás: hemos visto otros, semejantes al cerdo de la fábula, que concurrió al baile sólo a gruñir; sin embargo, confesamos en obsequio de la justicia, que hay un crecido número de hombres deseosos de que se propaguen los conocimientos útiles, de que campee la razón sin obstáculos, finalmente de que se funde nuestra felicidad pública por la mano robusta de la sabiduría.

A éstos dedicamos nuestro periódico; sus columnas están abiertas para todos los que nos quieran honrar con sus producciones, y quedaremos suficientemente recompensados, cuando escuchemos en los labios de alguno, una doctrina, una máxima, un verso de este periódico, o veamos que han producido alguna utilidad las tareas de los EE. del *Museo Popular*.

2. Ideología

En los siglos medios todas las ciencias fueron envueltas en la noche de la ignorancia y de la barbarie, y permanecieron así, hasta que un hombre extraordinario, honor de su país, y admiración de su siglo, derrocó el ídolo de la falsa filosofía y levantó un altar a la razón y a la verdad: hasta que el inmortal Bacon, introduciendo el método analítico en las ciencias intelectuales y el experimental en las físicas, abrió el sendero que debía conducir a unas y otras al alto grado de perfección en que hoy las vemos.

Mas a pesar del precioso y fecundo germen diseminado en los escritos de ese varón inmortal, digno de ocupar un lugar preeminente entre los bienhechores de la humanidad, a pesar, decimos, de que todas las ciencias habían cambiado de aspecto, merced a sus impulsos, la más im-

portante de todas, la que trata del hombre en su parte más noble y más sublime, esperaba todavía que viniese un Newton a regenerarla.

La Inglaterra que en 1632 había sido la cuna del regulador admirable de los astros, en 1642 lo fue del fundador de la moderna filosofía, del portentoso anatómico del entendimiento humano. ¡Feliz país y feliz siglo el que ha visto nacer a Newton y a Locke! En 1674 apareció el libro titulado: *Ensayos sobre el entendimiento humano*, y de entonces data la renovación de la ciencia del hombre moral.

Muchos y distinguidos filósofos se han dedicado al cultivo de este importantísimo ramo de los conocimientos humanos, pero dos se han distinguido sobre todos, por las considerables mejoras que le son debidas.

El primero es Condillac, descubridor de muchas e interesantes verdades, que serán el monumento eterno de su gloria y que mal entendidas, han dado lugar a la crítica mordaz y a las vanas declamaciones de falsos filósofos, incapaces de comprenderle y mucho más incapaces de juzgarle.

Condillac es el corifeo de una escuela llamada de los sensualistas, porque desarrollando el principio de Aristóteles: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* (1),* intentó demostrar que todas nuestras ideas eran en su origen próximo o remoto, sensaciones; y que en último análisis todas la facultades de nuestro espíritu se reducían a la facultad de sentir.

El otro ideólogo de quien hablábamos es Desttut-Tracy, no menos fecundo en ideas nuevas que el anterior, y superior a todos en lógica y en método. Desttut no sólo modificó y mejoró la clasificación de las facultades mentales, sino que ha llevado al último grado de perfección la parte de la ciencia que trata de las palabras consideradas como un medio de expresar nuestros pensamientos. Él es además el autor de la única obra donde se hallan reunidos en cuerpo de doctrina los principios fundamentales de la Ideología.

Tal es la historia rápida y sucinta de la ciencia que se llama Ideología: habríamos querido hacerla más útil y amena; pero esto no era dado en los estrechos límites de nuestro artículo, ni era conciliable con nuestro propósito de dar una idea de lo que se entiende por Ideología.

* "Nada hay en la mente que previamente no estuviera en los sentidos".

Esta palabra (como el nombre de casi todas las ciencias) es derivada del griego, y literalmente significa: ciencia de las ideas; pero con ella se designa la ciencia que nos enseña a conocer nuestras percepciones, a expresarlas y a deducirlas. De aquí la división de la Ideología en tres grandes partes: ideología propiamente dicha, gramática general y lógica. Como la voluntad es una de las facultades de nuestro espíritu y la Ideología tiene por objeto a todas ellas, puede decirse que la moral hace parte de ella, pues que la moral puede definirse: la ciencia que dirige nuestra voluntad del modo más conveniente al nuestro. De todas estas divisiones nosotros solo consideramos la Ideología propiamente dicha.

El objeto de ésta es darnos una idea de nuestro espíritu: no se crea sin embargo que entra en las inútiles cuestiones de que están plagadas las antiguas obras de Metafísica: que pretenden fijar las leyes misteriosas que presiden a la unión de cuerpo y el alma: que disputa sobre el asiento de ésta: que intenta descubrir la esencia de las cosas &c.: nada de esto: se contenta con menos, con hacernos conocer clara y distintamente cada una de las facultades de nuestro entendimiento: con explicarnos el origen y generación de nuestras ideas; y con analizar, finalmente, las relaciones fijas y universales entre el lenguaje y el pensamiento.

La Metafísica es enteramente estéril no sólo porque se ocupa en objetos que no están ni estarán acaso jamás, bajo el dominio de la inteligencia humana; sino también porque sus cuestiones puramente abstractas, no son susceptibles de aplicaciones prácticas y provechosas.

La moderna Ideología, por el contrario, nos enseña dos artes preciosos: el de hablar y el de discurrir.

En efecto, las proposiciones no son más que la manifestación de nuestros juicios, nuestros razonamientos lo son de nuestros raciocinios, en una palabra, el lenguaje todo no es más que la copia fiel y aun servil de nuestros pensamientos. Nada es, pues, más natural que empezar por pensar bien, para acabar por hablar bien: proceder de otro modo es asemejarse a un pintor que intentase hacer el retrato de un objeto que nunca hubiera visto.

El abandono casi universal con que se ha visto entre nosotros esta ciencia, es la causa de que pasen por sabios tantos hombres que no tienen más arte que el de vestir con frases pomposas, pensamientos pobres y vanos en el fondo.

La importancia de esta ciencia, para discurrir con rectitud y acierto nos parece excusada de demostrar: creemos que tan imposible es saber lógica sin Ideología, como lo sería leer sin conocer las letras del alfabeto.

Considérense ahora las estrechas relaciones de la gramática general y la lógica, con los diferentes ramos de la filosofía natural y con las bellas letras, y nos habremos formado una idea completa del alto interés de la ciencia, objeto de este artículo.

Nosotros no escribimos para los sabios: a éstos, lejos de ofrecerles nuestras escasas luces, les suplicamos nos ilustren con las suyas. Nos dirigimos a los ignorantes, a quienes creemos haber hecho un verdadero servicio dándoles una idea del alto objeto y de la inmensa importancia de una ciencia que no conocían, y que de hoy en adelante no podrá serles indiferente. J. N.

7. *Pensamientos*

El Sol que recorre los cielos asentado en el carro del tiempo, ha precipitado un año más en el abismo de los siglos. Las horas del año de 1839, han pasado rápidas a mi vista como los suspiros de una joven enamorada; la he visto cruzar ante mí, con la indiferencia con que miro volar por el viento las hojas secas de un árbol desnudado por el invierno; las he sentido rodar bajo mis pies, como miro volar por encima de mi cabeza las golondrinas que van a buscar la primavera a países remotos. No me han dejado otra señal de su efímera existencia, que un recuerdo débil, semejante al surco que hace en las aguas el ala de un buitre que rápidamente las cruzase.

Mañana, te temeré, ¡oh tiempo!, como a catarata turbulenta que puede arrebatarme en su caída. Pero hoy, diré un adiós a los días que pasaron y saludaré agitado a los que van a seguirseles y que acaso alumbrará la luz mágica de la ilusión. J. N.

11. *Teatro. Falso testimonio*

Los artistas dramáticos del teatro de esta capital, no se contentan con presentarnos diariamente a guisa de charlatanes, un convite difuso y disparatado en que nos recomiendan sus rumbosas y estrepitosas oberturas,

sus aplaudidos y nunca bien ponderados dramas, sus magníficos trajes y vistosas decoraciones, sino que quieren también hacer partícipe al pueblo mejicano de los delirios que padece su acalorada fantasía. Véase si no, el convite repartido para la función extraordinaria del día 1° de enero: en él se atribuye al pacífico pueblo mexicano una satisfacción que no ha manifestado, aunque no entraremos a averiguar si ha o no sentido. Hacemos sólo esta indicación, por que no queremos que se atribuya a principios innobles, la impugnación que hacemos de dicho aviso.

La llegada de un señor ministro a una corte, cuando no es en casos extraordinarios, puede causar satisfacción a los diplomáticos, a los individuos que componen el gobierno, a los súbditos de la nación que aquel representa; pero no al pueblo; este regularmente permanece como ha permanecido el de Méjico, indiferente a los acontecimientos de la diplomacia, y sin cuidarse de saber si el ministro que se ha presentado es español, belga, turco o japonense. Recomendamos, pues a los artistas dramáticos, que no vuelvan a mezclar al pueblo mejicano en asuntos que no le atañen, y que al redactar sus elocuentes y patéticos avisos recuerden al 8° precepto del decálogo.

Vaya una preguntita suelta. ¿Quién es la niña Joaquinita, que va a tener parte en el desempeño del drama titulado *D. Juan de Austria*? El amable redactor de los avisos nos anuncia a veces que una comedia será representada por la señorita Joaquina, otras por la niña Joaquinita y cuando la función es extraordinaria por la Joaquinilla. Nosotros no conocemos entre las actrices del Gran teatro de Méjico otra de este nombre que a la señorita Joaquina Pautret; cuando dicha señorita haya de representar algún papel deberá ponerse su nombre y apellido con todas sus letras, sin tener que recurrir ahora al recomendarnos una comedia, a los nombres aumentativos ni diminutivos. ¿No sería muy chusco que cuando el Sr. Avecilla se presentara como protagonista del Mendigo de Bruselas nos dijeran que desempeñaría dicho papel el Sr. Bernardo, Bernardito o Bernardillo?

En el siguiente número, publicaremos un excelente artículo sobre teatro, tomado de uno de los mejores diarios de Europa y sucesivamente hablaremos de las piezas teatrales que se representan en Méjico consideradas en sí, y de su ejecución, tanto respecto de las decoraciones y trajes, como de la parte declamatoria.

14. Aerografía

De todos los fenómenos naturales, sin duda no hay otros más generalmente conocidos que los que se refieren a la ciencia llamada Meteorología. En efecto, ¿quién no ha visto el espectáculo grandioso que representa el cielo en un día borrascoso, cuando las negras nubes se aglomeran sobre nuestra cabeza y despiden tronando el rayo homicida? ¿Quién no ha visto en una hermosa mañana de primavera a la fresca rosa, cuyos pétalos están cubiertos de las gotas lucientes de rocío, parecidas a los preciosos brillantes con que nuestras hermosas jóvenes adornan su rosado cuello o su negra cabellera? ¿Quién es el que no ha sentido los efectos del calor ardoroso en los sofocantes días de verano, o los de un frío glacial en los tristes del invierno?

Sin embargo de que nos son tan conocidos, tan familiares todos estos fenómenos; sus causas y las de sus variaciones son desconocidas de la multitud; así es que si preguntamos a un sencillo habitante del campo o a un petimetre almibarado de una ciudad la razón natural de la formación del arco-iris, el primero se verá precisado a recurrir a sus creencias religiosas para explicarlo y el segundo dirá que es muy útil saber hacer con gracia un nudo a la corbata. Pero, ¿qué nos admiramos de esto? Si igual pregunta hacemos a algunos de estos jóvenes que han empleado tres o más años en un Colegio o Seminario estudiando la Filosofía de Jacquier o de Altieri, nos responderán que sólo han estudiado física general, o tendrán que recurrir para resolver la pregunta a las cualidades ocultas de los peripatéticos.

Es tan común la ignorancia en esta materia, que no nos causa extrañeza ver que un impresor sentado en su mesa vaticine con un año de anticipación, tempestades, frío, escarchas o heladas. Tómese, si no, un calendario y se verá al finado Ontiveros o a nuestros astrónomos impresores (que en Méjico casi todos lo son) presagiando que el día 8 de diciembre de 1840 a las 9 y 40' de la noche, habrá aguas nieves, nubes o frío húmedo. Y no es esto lo más singular, sino que será muy curioso ver aquel día a la atmósfera, si tiene que obedecer al mandamiento de todos los que escriben calendarios, pues cuando para uno ha de estar limpia y serena para otro deberá presentarse cargada de nubes y agitada de vientos fuertes.

Creemos, pues que es un deber que nos impone la obligación de escritores públicos, dar algunas nociones sobre una ciencia tan interesante para un hombre que vive en la sociedad, y aún más para aquel que no

quiere representar en ella un papel ridículo por su ignorancia.

Los estrechos límites de este periódico no nos permiten tratar esta ciencia con la extensión que quisiéramos, sin embargo, daremos en algunos números un artículo pequeño, que trataremos de amenizar cuanto nos sea posible, para no fastidiar a nuestros lectores; advirtiendo que tomamos por norma los elementos de Geografía física y de Meteorología escritos por H. Lecoq y recientemente publicados; compendiando, extendiendo o traduciendo a sus lecciones, según nos parezca oportuno.

Daremos ahora una ligera lección de la ciencia en que nos vamos a ocupar.

Entendidas ya las partes en que se divide la Geografía física, debemos pasar a tratar de cada una de ellas en particular y empezaremos por la aerografía; los ramos que comprende son muy variados e interesantes y de práctica y continua aplicación.

En el próximo número hablaremos de la composición, forma, extensión, peso y densidad de la atmósfera.

Por ahora sólo advertiremos que no escribimos para los sabios; como dijimos en nuestro prospecto, deseamos cordialmente recibir sus lecciones: las columnas de nuestro periódico están abiertas para todos los que quieran honrarlas con sus producciones. Nuestro objeto se limita a dar una ligera instrucción a aquellos individuos que o por sus ocupaciones o por descuido en su educación, no han sido desgraciadamente iniciados en los secretos de las ciencias naturales.

También creemos oportuno advertir que nuestro mayor placer será publicar los artículos que se nos remitan, si son inéditos de mejicanos; porque apreciamos más una simple letrilla, una ligera composición de uno de nuestros conciudadanos, que las obras de los autores extranjeros por recomendables que a otros les parezcan. C. Bros.

15. *Vacuna. Remitido*

Pocos descubrimientos ha habido tan interesantes como el de la vacuna, pues siendo un preservativo seguro y eficaz de una enfermedad cuyos estragos han sido espantosos, sería imposible calcular el número de individuos a quienes ha salvado la vida. Basta referir que en Prusia,

murieron en el siglo pasado las veces que se presentaron las viruelas, de cada doce habitantes uno; mientras que después de la introducción de la vacuna han sido los muertos uno por cada ciento veinte y dos; de suerte que es innegable la influencia favorable que ejerce la vacuna sobre la dicha epidemia.

Convencidos, pues de esta verdad, claro es que se deben poner en uso todos los medios posibles para la propagación de la vacuna, y careciendo de ella en muchos pueblos de la república, creemos que sería útil tratar algo sobre el modo de propagarla, porque esto podría servir a los individuos que viven en esas poblaciones, y que queriendo extenderla carecen de los conocimientos necesarios. Por tanto comenzaremos por hablar del modo con que se practica la vacunación.

19. *Romance morisco*

No pienses Zaida enemiga,
 Que se ignoran tus traiciones,
 Y lo mal que a tus palabras
 Con tus hechos correspondes.
 Ya sé que Tarfe te adora
 Sin extrañar que te adore;
 Que el sol para todos luce,
 Y de ninguno se esconde:
 Mas sé también que en mi daño
 Escuchaste sus razones
 Y sus finezas pagaste
 Con permitidos favores,
 Sé que tu calle pasea,
 Y que te asomas entonces,
 Y que sus ojos te hablan.
 Y que los tuyos responden.
 Sé que en los juegos te sirve
 Ya vistiendo tus colores,
 Ya ornando el novel escudo
 Con la cifra de tu nombre.

Sé por fin que compra el necio
 Interesadas acciones
 De esclavos, que como tales
 Su vil precio reconocen;

Y que sepa mis agravios
 Tampoco Zaida te asombre
 Que nunca falta quien cuente
 desaires y sinsabores.
 No te pido por lo tanto
 Pensadas satisfacciones
 Pues el que las solicita
 Luego es fuerza las abone
 Sólo sí decirte quiero
 Que enhorabuena te goces
 En los plácidos recreos
 De tus recientes amores:
 Que me olvides; mas no Zaida
 No logrará tal renombre
 El infame que me ofende
 Con sus locas pretensiones;
 Daréle muerte mil veces
 Antes que su intento logre
 Y escribiré con su sangre
 La fecha de sus traiciones.
 Pero no quiero matarle
 Sólo porque no le llores
 Y tus lágrimas le vuelvan
 Lo que mi acero le cobre.
 Segunda vez lo repito
 Enhorabuena le goces.

Y en tiernos lazos, tirana,
 Su constancia galardones
 Que a mí para consolarme
 No es maravilla me sobre

Ocasión en la memoria
 De tu trato falso y doble.
 Dijo Zulema a su Zaida
 En mal concertadas voces
 Estas quejas que sus celos
 Califican de razones;
 Ella quiso responderle
 Mas no pudo, que a galope,
 Apenas las articula
 Para Antequera volviese.

M. E. de Gorostiza.

25. *Aerografía. De la atmósfera*

.....

La transparencia de la atmósfera es mayor, cuanto mayor es la altura a que estamos colocados. Cualquiera de nuestros lectores que haya transitado por el camino de Puebla, habrá visto al llegar a Río-Frío la claridad con que se ven las heladas cimas del Popocatepetl; a pesar de la distancia a que están de aquel lugar, parece que las tenemos muy inmediatas.

.....

Aunque en el número anterior de nuestro periódico ofrecimos hablar en éste de la forma, extensión y peso de la atmósfera, sin embargo dejamos estos puntos para uno de los números siguientes, en atención a que nos hemos extendido más de lo que quisiéramos. Creemos oportuno terminar este artículo con las definiciones de algunas palabras de que hemos usado y cuya significación podrá quizá ser ignorada de alguno de nuestros lectores.

.....

Recomendamos de paso a nuestros lectores que no consulten al diccionario de la Academia Española, cuando ignoren la significación de alguna palabra científica, porque se exponen a incurrir en errores de mucho tamaño. Para algunas personas es el mencionado diccionario un oráculo infalible; sin embargo, si se quiere presentaremos no una ni dos sino centenares de definiciones falsas, ridículas y a todas luces erróneas. C. Bros.

26. Colegio seminario

Se ha publicado un folleto con el título de “Pequeña defensa del Seminario Conciliar de este Arzobispado, contra un comunicado inserto en el *Museo popular*: o sea diálogo entre un colegial actual del mismo, y una respetable anciana”. Para que nuestros lectores se convencieran de la falta de lógica que hay en los razonamientos del autor de ese fastidioso papasal; los fundamentos tan débiles como inconducentes en que estriba su pretendida pequeña defensa (y en efecto que es pequeña); en fin para que se viera que el desfacedor de entuertos del Colegio Seminario, ha escrito, sólo por escribir, y sin tener razones ni datos con que rebatir el ataque que le dio nuestro articulista, nos bastaría reproducir en las columnas de este periódico la pretendida “pequeña defensa”. En ella verían nuestros lectores a una respetable anciana llamada Doña Leocadia, hablando con más expedición y conocimiento del Concilio Tridentino, de física, matemáticas, lógica, &c. que todo un bachiller seminarista, a quien instruye y da lecciones en materias que un señor bachiller debía saber más bien que una respetable anciana; verían nuestros lectores que el ignorante e impolítico defensor del Seminario, cree hacer la apología de este colegio usando un lenguaje propio de las tabernas, y haciendo alarde, en vez de razones, de un catálogo de groseros e insultantes apodos, propios de la educación que se recibe en esos establecimientos y que sólo seducen a los mentecatos: verían, en fin, nuestros lectores a una anciana chusquísima, cuya única gracia se reduce a reírse ella misma a cada momento de sus simplezas, y a un pobre y sandio colegial, a quien acosa el hambre, que deja pendiente toda discusión por ir a dar un ataque brusco al almuerzo de Doña Leocadia.

Sin embargo, para que no se crea que carecemos de razones y de hechos con que rebatir al defensor del Seminario, ofrecemos que en el número siguiente le contestaremos muy detenidamente; advirtiendo, que hacemos nuestro el artículo remitido que ha dado origen a esta cuestión: que abundamos en sus mismas ideas, y que sostendremos del modo que se quiera, cuanto en él se asienta. EE.

27. Máscaras

Sabido es que este año habrá Máscaras en el Teatro Principal. Nos alegramos de que en Méjico se introduzca esta costumbre, admitida de tiempo atrás en Europa; donde, según parece, se guarda mucho decoro en semejantes funciones. Creemos que nuestro público hará lo mismo, para dar una prueba de su circunspección y cultura, y para no ahogar en su cuna una diversión honesta, en la que se si no se conserva orden y decencia, será justamente prohibida en lo sucesivo.

30. Teatro

Una plana entera y verdadera falta para que salga el periódico, y día quince, y las dos y media de la tarde; he aquí uno de los trabajos atroces de un periodista; está visto; por más que revuelvo los papeles, ninguno es a propósito. "La esperanza en la tumba". No señor, hay mucho verso; para otro número. Meteorología, ¡Jesús! ni por pienso: si cada artículo de esos soporiza cincuenta suscriptores por lo menos. Pues voy a hablar de chismografía teatral; ¿y qué no está usted contento señor editor con haber insertado ya un artículo sobre teatro, si no que quiere usted apurar nuestro sufrimiento con otro?

Entremos en materia: en estos últimos días, se ha representado la comedia titulada: *El tutor y la pupila*, del inmortal Bretón de los Herreros; su genio inagotable ha derramado con profusión que lo hace siempre, sus inimitables gracias; diálogo animadísimo, lenguaje correcto, versificación fácil, melodiosa, en fin, es una comedia que no desmiente el acreditado mérito de su autor; sin embargo, se ha palpado la falta de estudio de los actores, y de esto no los puede disculpar nada; que un cómico se enferme, como casi siempre sucede de medio día en adelante o poco antes, que de oro, entre un hervidero de palabras perciba usted sólo dos o tres monosílabos; que... que el redactor de convites lo haga mal, o el atizador de los quinqués lo deje de hacer bien, pase; pero deslucir una buena comedia por desaplicación o por negligencia, es insufrible.

Por último, porque ya me voy saliendo con llenar la plana ofrecida,

Cuesta tan poco trabajo
El escribir disparates

y para que termine con un rasgo de caridad cristiana mi artículo escrito de *calamo corrente* suplicaré, a nombre del público, a Sr. La-madrid que no afee, su garbosa naturalidad, con el prurito de pronunciar la c y la z porque se expone en “menoz de una vez a perder zu bien centada reputasión y en ves de elogioz, mereser zátiraz;” vuelva a tomar su pasito antiguo, que así le entendemos y le aplaudimos.

Hay otro autorcito barbilampiño y ¡cáscaras! que es bueno; pero quisiéramos que no recuerde tanto a Valletto en sus defectos, y que reserve las gracias suyas para una comedia toda suya.

Entre llorando y riendo, como las exclamaciones patéticas del Sr. Amador, le suplicamos que se aplique; que estudie con detenimiento el carácter de los personajes que representa; esto es muy difícil: Amador llora, haciendo reír; un bufido es la expresión de enojo de González, y el delirio apasionado de Aurorita nos recuerda, el monótono T, O, to, D, O, do, de nuestras amigas; por último hacemos presente al Sr. Amador que en nuestro Museo y en el departamento de antigüedades inútiles, hay dos lugares; uno que se desocupó por la muerte de Rocamora y otro que nos ha pedido el empresario de los gallos “par su barba” pero no lo damos porque ... aquí debíamos hablar del Sr. AVECILLA; pero el impresor dice que basta con esto y ojalá no lo confirme el disgusto de nuestros lectores.

42. *Abul-Hacem. Novela de 1174*

1. *El rapto*

Ya no existe el castillo de Sangüesa. Sus altas torres cayeron: desmoronándose los gruesos lienzos de murallas que lo circuían, y sólo ha llegado hasta nosotros la fama de algunos guerreros, que encerrados en él, resistieron la pujanza del intrépido Abdallá, consignada en antiguas y oscuras tradiciones. Hubo empero un tiempo en que sólo el nombre de Sangüesa era respetado, y su terrible Señor temido. ¡Su Señor! pronto lo conoceremos, sin que podamos negar una lágrima de tierna compasión a las gracias de unos amantes virtuosos.

Grandes preparativos se hacían en Lumbier para celebrar el himeneo de la bellísima Eleonora, hija de D. Rodrigo de Mendoza, con el valiente y joven Abul-Hacem. ¿Quién entre los caudillos musulmanes la merecía mejor? Abul-Hacem era el único que, a la cabeza de corta caballería, se había atrevido a desafiar el orgullo del castellano de Sangüesa acercándose a sus muros; el único que introduciéndose por una barbaca, a favor de las tinieblas de la noche, había sembrado el espanto y la muerte entre los cristianos.

Dormía D. Rodrigo: ni ¿qué podía temer de la morisma de Lumbier, acostumbrada a huir vergonzosamente delante de su enristrada lanza...? Femeniles gritos le desvelan repentinamente... llega a sus oídos el sordo rumor de las armas... no puede engañarse... los enemigos han penetrado en el castillo. ¡Mi hija! grita con furor, y arrojándose del lecho, empuña la espada, y desnudo, vuela al aposento de Eleonora. ¿Por qué tanto dormiste, descuidado caballero? Inútil es ya el esfuerzo de tu brazo... mas no temas: el castillo está intacto, tus soldados han ahuyentado a los contrarios, puedes dormir. Pero mira, mira, si te lo permite la oscuridad, al camino de Lumbier. Por él vuela tu hija, tu esperanza, tu orgullo en brazos de su raptor.

Don Rodrigo entró en el cuarto de Eleonora, y lo halló desierto. Clavó los ojos en su espada, pateó el suelo con ira y volvió a salir sin proferir una queja. Sus labios temblaban de coraje, cuando dijo a un paje favorito. "Que se reúnan todos los hombres de armas y derriben la muralla por donde han penetrado esos perros infieles, ya que tan mal han guardado mi honor".

Los moros entretanto celebraban el Lumbier con fuegos y luminarias la sorpresa de Abul-Hacem y a la mañana siguiente se presentó éste a Abdallá con su cautiva. Fiera Leonora, como su padre, y enemiga mortal de todo lo que no llevaba el nombre cristiano, rehusó doblar la rodilla ante el Señor de Lumbier, quien contemplando su extraordinaria belleza, dijo al caudillo dándole la mano: "Buena presa has cogido, valiente Abul-Hacem: yo te la doy en albricias del triunfo que has alcanzado sobre el soberbio Mendoza: pronto vendrá éste a echarse a nuestros pies implorando piedad; pronto entraremos en Sangüesa".

"Te engañas, moro, respondió Eleonora. D. Rodrigo Mendoza te desprecia, y esta ventaja que acabas de conseguir ha de serte funesta. Vendrá mi noble padre, vendrá; mas no para arrojarse a tus pies, sino para resca-

tarme, a la cabeza de sus lanzas. “¡Miserable cristiana! calla o te haré...”
 Abul-Hacem le contuvo.
 “La destiné para esposa mía”, dijo al jefe: “tú me la has dado”
 “Llévatela, fue la contestación de Abdallá”.

2. *El pacto*

Entregada a su dolor la desventurada Eleonora, no apartaba sus miradas del camino de Sangüesa. Allá, como dibujadas en las nubes, le parecía ver de cuando en cuando las altas torres del castillo feudal de sus mayores; creía oír el agudo son de los clarines, el relinchar de los corceles; y esperaba por instantes la llegada de sus libertadores. Pero ni un grito de alarma en el campo moro, ninguna señal de la proximidad de un peligro... Lumbier estaba tranquilo.

Dos esclavas moras la acompañaban en la suntuosa habitación que Abul-Hacem le había destinado. ¡Infelices! poco tienen que sufrir de los caprichos de su nueva señora. La hija de Rodrigo solo anhelaba volar a su fortaleza querida: a la fortaleza dentro de la cual su pundonoroso padre, desesperado tal vez, sucumbe al dolor, y en donde el intrépido Alfonso, el amado de su corazón, ausente aquella fatal noche de su desgracia, llorará cuando vuelva de una arriesgada expedición, la forzosa ausencia, acaso eterna, que los separa.

Alrededor de la plaza de Lumbier la soldadesca mora ha levantado barreras, formando un ancho circo, donde sus gallardos capitanes deben solemnizar las bodas del afortunado Abul-Hacem, lidiando cinco toros, los más bravos que crían los pastos de Tudela. Braman ya las fieras encerradas hiriendo con recias embestidas las puertas del toril; tremolan las torres de la villa vistosos gallardetes y estandartes rojos, sembrados de estrellas y medias lunas blancas; el ronco son de los atabales y añafles, trompetas y chirimías, atruena al campamento. Abdallá, seguido de cien caudillos, flor y nata de la caballería sarracena, ocupa los estrados del palacio en que Eleonora lamenta su desdicha. Eleonora no ha visto los preparativos de la fiesta, por que sólo ve a Sangüesa; no ha oído hablar de la famosa corrida, porque sólo oye resonar en su corazón... Sangüesa; ni imagina que va a unirse con un detestado moro, porque sólo piensa en Sangüesa, en su padre y en su amante.

Ábrese de repente la puerta de la estancia y se presenta Abul-Hacem ricamente ataviado. Cubre sus hombros y arrastra airosamente por el suelo, magnífico manto de gran recamado de oro y rubíes con pieles de armiño finísimo; sobre el turbante de gasa y sedas brillan mil diamantes, la media luna de oro orna su frente, y cuelga al costado del guerrero pendiente de preciosa cadenilla el damasquino alfanje.

Ven, hermosa nazarena, incomparable hurí, ven a gozar de mi triunfo, dijo a la triste doncella; no eres desde hoy esclava, sino la favorita entre mis esposas. Dentro de ocho días parto a Granada, a donde me llaman el honor y la fortuna: qué ventura si tú me acompañaras. Allí tendrás un palacio más grande que toda esta villa, y cien esclavas que adivinen el menor de tus gustos; jardines y cascadas para tu solaz, oro y pedrería para tu adorno, carrozas de marfil para pasear las aromáticas riberas del Darro y el Genil... todo esto te sobraré, si mis parciales son fieles, dentro de un mes serás mi Sultana y yo, el rey de Granada.

Eleonora nada le respondió; preñados de lágrimas dirigió sus ojos a la llanura y suspiró imperceptiblemente... ¡No vienen!

Todo está dispuesto, prosiguió Abul-Hacem; el motín debe empezar después de mi llegada y... ¡desgraciados si me venden! Pero antes debo engañar a Abdallá sobre mis proyectos, y le he ofrecido que dentro de tres días será Señor de Sangüesa.

Moro, eso es mucho ofrecer, dijo una voz detrás del guerrero. Sobresaltóse éste, y al volverse para conocer al atrevido que así le hablaba, se encontró enfrente a un anciano respetable, cuya blanca barba y largo ropaje le harían tener en nuestra época por un misionero capuchino.

¿Quién eres?, le preguntó, echando mano al alfanje.

—Leo en los astros el destino de los hombres, y vengo a predecirte el tuyo.

A estas palabras el moro llevó ambas manos a la frente en señal de veneración.

—A la noche me encontrarás, dijo en seguida, a la entrada de la primera tienda del campamento; ahora no puedo escucharte, porque es preciso que acompañe a esta cristiana, que mañana será mi esposa, a la fiesta preparada en mi obsequio...

—¿Cuál es la mujer que será tu esposa mañana, moro?, le interrumpió con ira el adivino.

—Esta hermosa cristiana.

—Mientes con sólo imaginarlo; ni mañana ni nunca.

Y diciendo y haciendo, quitóse la barba postiza y la túnica y ropón que le cubría.

Abul-Hacem retrocedió dos pasos... Eleonora lo reconoce, grita, ¡Alfonso! y cae en sus brazos desmayada de placer.

—¡Alfonso! repitió el sarraceno: ¡el enemigo implacable de mis huestes! ¡el que inmoló a mi hermano Aliatar...!

—Sí, el mismo; y añade a tan gloriosos títulos el de rival tuyo, respondió el cristiano.

—¡Por Alá! ¡Si empuñaras un acero!

—¿Eres capaz de cumplir un pacto?

—Todos los que haga.

—Pues bien. Jura que esta noche a las doce te hallaré acompañado solamente de Eleonora a una milla de Lumbier en el camino de Sangüesa. Nuestros aceros probarán que somos valientes, y la muerte de uno de los dos decidirá la contienda, y dará al otro la posesión de la belleza que adoramos.

—Cristiano, acepto el desafío: me hallarás sin falta.

—Nada más deseo, toma tu cautiva, y pues la amas, no necesito recomendarla a tu honor.

Abul-Hacem recibió a Eleonora, todavía desmayada, de los brazos de Alfonso. Este se vistió con sosiego el ropón, se ajustó la barba, y besando con ardor la mano de su amada, se encaminó a la puerta. Antes de salir dijo a su rival.

—A una milla; no lo olvides.

—A las doce de la noche, replicó.

3. *El duelo*

Eleonora tardó algún tiempo en volver de su desmayo, y cuando abrió los ojos se encontró acostada en un rico lecho, acompañada de las dos esclavas que le prodigaban esencias y espíritus. Parecíale que acababa de salir de un sueño profundo, y equivocaba la realidad con las dulces ilusiones de su imaginación. Había visto a Alfonso, a su adorado bien, pero

mirábale cual un ser misterioso que huía de sus brazos cuando los tendía hacia él: vagos recuerdos presentaban a su mente la imagen de un adivino que leía en el libro del porvenir su suerte desgraciada, y el nombre de Abul-Hacem, mezclándose a todo esto, producía en su corazón una pequeña incertidumbre.

No presenció las arriesgadas suertes de los caballeros moros, ni los variados lances de la famosa corrida que en su obsequio se había celebrado.

Hacíanse entre tanto en Sangüesa imponentes aprestos para embestir a Lumbier. D. Rodrigo de Mendoza recorría las filas de sus soldados, armados de punta en blanco, y juraba no dejar piedra sobre piedra en la villa enemiga, cuando llegó al castillo uno de sus exploradores. Conducido a la presencia del irritado Señor, supo éste que Abdallá, entretenido en juegos y festines, vivía descuidado; que los moros celebraban con extremado júbilo el atrevido arrojó de Abul-Hacem, quien se proponía desposar al día siguiente con la bella Eleonora, y que ésta lloraba en el palacio de Lumbier su malandante aventura.

Llegó al último extremo el enojo del caballero de Mendoza con tales nuevas, y no queriendo dilatar por más tiempo la libertad de su hija y la venganza sangrienta que pensaba tomar de sus contrarios, dio la orden de partir aquella misma noche.

Las once de ella poco más o menos serían, cuando un caballero armado de todas armas, se detuvo delante de otro que hacía rato le esperaba a corta distancia de Lumbier. Echaron ambos pie a tierra sin hablarse, y abandonaron sus corceles a la ventura. A pocos pasos reparó el recién llegado en dos mujeres, una de ellas cuidadosamente encubierta con largo velo, y se acercó a examinarlas.

—Es Eleonora, dijo el otro guerrero.

—Moro, replicó el primero, puntual has sido, mas tampoco he tardado; no es la media noche.

—Para el que anhela deshacerse de un rival, corre el tiempo con harta lentitud. Defiéndete.

—Espera; estoy hartito familiarizado con los engaños de los tuyos para dejarme alucinar. Quiero satisfacerme de que una de esas damas es Eleonora de Mendoza.

—¿Sabes, nazareno, que mi nombre es Abul-Hacem?

—Basta, te creo. ¿Y la otra?

—Zomira, una de mis esclavas.

—Pues entonces, la victoria sea conmigo, y Dios y mi dama me amparen.

Apenas pronunció estas palabras, desnudó el acero y esperó tranquilo a su rival; poco tuvo que aguardar. El valiente sarraceno se arrojó a él, la cimitarra en alto, y dio principio entre ambos un encarnizado combate, mientras la hija de Rodrigo, mostrándose digna de la noble estirpe de que descendía, ni una lágrima derramaba, ni exhalaba un suspiro. Orgullosa en medio de su dolor, esperaba con serenidad el éxito de la pelea, sin dudar de que la victoria coronaría los esfuerzos de su campeón, por quien dirigía al cielo ardientes votos, pues si bien la fama pregonaba a Abul-Hacem por el más animoso de los caudillos moros, la espada de Alfonso, nunca vencida, era el terror de sus armas y la esperanza de los adalides navarros.

Descargábanse sin cesar los dos rivales sendos tajos y reverses, aprovechando para sus acometidas el escaso resplandor de la luna que de cuando en cuando aparecía como huyendo de entre negras nubes. La sangre empezaba a teñir sus armaduras, y el ardor del combate les comunicaba nuevo aliento. Era preciso, según el convenio, que uno de los dos dejase de existir, era preciso que Eleonora fuese el premio del afortunado vencedor. Eleonora misma había dado su asentimiento, cuando Abul-Hacem la informó del pacto que con Alfonso hiciera, y el deseo de poseerla, unido al de la gloria, que es el alimento de los héroes, los impulsaba a redoblar los golpes con desesperada furia.

De repente se detiene el guerrero cristiano y dice a su enemigo:

—Tardamos mucho, sarraceno: vendrá el día y nos encontrará combatiendo: desarmémonos el lado izquierdo...

No prosiguió, porque la cimitarra del moro, que no oyó sus primeras palabras, bajó sobre el desventurado, hendiéndole el casco y la cabeza. Cayó moribundo, y el eco de los bosques repitió el ruido de su armadura: Eleonora se precipitó sobre él.

—¿No alientas, pues, generoso amante y caballero mío? exclamó con voz dolorida. ¿Y así me dejaste sin esperanza y amparo? En hora menguada vieron mis ojos la primera luz; en más infausta te di mi corazón, si nuestro amor había de llegar a tan infelice término. Moro, prosiguió dirigiéndose a Abul-Hacem, tuya soy por el derecho que te da la

victoria... aquí está mi mano, pero respeta mi dolor. Acuérdate que me llamo Eleonora de Mendoza, y que una Mendoza no puede amar dos veces.

—Marcharemos, respondió el vencedor: cuando el sol dore el Oriente, mis soldados llevarán el cuerpo de mi valiente enemigo a la mezquita de Lumbier con fúnebre pompa.

Dicho esto dio un silbido, que oído por su caballo partió a la carrera hasta llegar al sitio de la catástrofe. Subieron en él a Eleonora y la esclava, y Abul-Hacem volvió junto al caído Alfonso diciendo a la primera: “Cuidaré de él hasta el día, pues era digno de tu amor y de mi amistad”.

El caballo desapareció como un relámpago en la dirección de Lumbier.

4. *La sorpresa*

Las cuatro de la mañana serían del día 14 de junio de 1174, cuando D. Rodrigo de Mendoza al frente de su hueste llegó a la vista de los moros de Lumbier. Detúvose para ordenar el asalto detrás de un espesísimo matorral, a fin de no ser visto desde la villa; pero no permitiéndole su impaciencia más dilaciones, dio la señal de avanzar, casi al mismo tiempo que la de detenerse, jurando no sufrir por más tiempo que el espantajo de una fortaleza sarracena diese leyes en un país cristiano, ni que ordenase su aborrecible estandarte enfrente de los escudos y blasones de los Mendoza; juramento que cumplió con cruel fidelidad.

Un cortejo fúnebre de cien moros conducía por la calle principal de Lumbier sobre enlutado pavés el desfigurado cadáver de Alfonso. Cincuenta guerreros con turbantes blancos le precedían arrastrando pendones, y cerraba la marcha Abul-Hacem, herido, abollada la armadura y cubierto el rostro de profunda tristeza. De repente suena el clarín de alarma, y una nube de flechas los cubre por todas partes: caen heridos o muertos nobles moros, corren otros atemorizados por las calles, y a las voces, “traición, traición”, que incesantemente resuenan, el repetido clamoreo de las campanas, a los gritos desesperados de mujeres y niños que se amontonan en la Mezquita, se apodera el terror de los ánimos más esforzados. Vuela Abdallá al sitio del desorden seguido de veinte caudillos, alienta a los tibios, reprende a los cobardes, pregunta, inquiere, y sabe por fin que el terrible Señor de Sangüesa ha talado el campamento, y confundido con los fugitivos penetrado en la villa.

—¡Abul-Hacem!, grita el jefe al escuchar la funesta nueva.

Preséntasele el noble moro cubierto de sangre.

—¿Has visto al enemigo?, pregunta el primero.

—“Ox-Alá; tengo deseos de probarle que estoy resuelto a no cederle a su hija. Ya no es temible don Rodrigo: que venga: sin el brazo del que ves ahí tendido, pronto te besará los pies”.

—¿Qué cristiano es ese?

—“Don Alfonso de Lazcano, Señor de Domeño y de Ochavagia, el espanto de las morismas, el que derribó a mi hermano Aliatar... anoche lo maté en duelo. Abdallá, te ofrecí ayer que antes de tres días pondría a Sangüesa en tu poder; pues bien, hoy cumpliré mi palabra o perderé la vida”.

Nuevos gritos interrumpen esta corta plática. Los dos guerreros con alfanje en mano se precipitan en medio de la muchedumbre que huye espantada, y a fuerza de golpes y amenazas logran reunir algunas tropas: dirigenlas en persona resueltas a contener la irrupción del formidable contrario... en vano se afanan. D. Rodrigo se abre paso con su fuerte lanza, alcanza a Abdallá, atraviésale el pecho, arrójalo con fuerza a los pies de su caballo, pasa por encima, sigue matando, anima a los suyos, y en breves momentos se hace dueño de Lumbier. Espárcense los cristianos por la villa degollando inhumanamente a cuantos moros les llegan a las manos, y no perdonan sexo ni edad: derriban las puertas de las mezquitas, las incendian, así como los edificios más notables, y ejercen las bárbaras represalias, que el referirlas fuera horroroso, y sólo pueden disculparse en el siglo a que esta relación se refiere.

5. *Abul-Hacem*

La villa de Lumbier ardía; las llamas se perdían entre el humo y el cielo: algunos aceros se chocaban en las calles, todo era luto y desolación, llanto y horrores. En medio de esta imponente escena tres personas se hallaban tranquilas (o al menos lo parecían) en uno de los espaciosos salones del palacio de Abdallá. Era la primera una joven hermosa resignada a su mala suerte... Eleonora; las otras dos, dos guerreros que se miraban sin pestañear, varonil el uno, ya entrado en años, pero pujante, el segundo... Abul-Hacem y D. Rodrigo de Mendoza.

—“He dicho, moro, que vengo a rescatar a mi hija, dijo éste último; sé que eres valiente, escoge pues, o mi agradecimiento o mi espada”.

—“Hace dos horas no hubiera vacilado, respondió el moro, porque tenía que cumplir una promesa: ahora es diferente: D. Rodrigo, no pelearé contigo”.

—“Más te vale. Mi acero, que ha derribado a Abdallá, no te trataría mejor si lo provocases”.

—“¡Eso no, por Alá!” y moderándose al punto añadió: di cuanto quieras, cristiano. El padre de Eleonora no puede ofenderme.

—“Demuestran tu nobleza esas corteses razones; pero basta, no hablemos más. Veo que estás dispuesto a complacerme y te lo agradezco. Ven, hija mía, volvamos a Sangüensa, y tú, Abul-Hacem, si algún día te acercas a sus muros, o necesitas contra los tuyos ayuda de D. Rodrigo de Mendoza, nómbrate y... nada más. Adiós”.

Tomó el caballero la mano de su hija y se disponía a salir.

—“Detente, le gritó Abul-Hacem, o bien, marcha solo; pero esa... es mi esposa”.

Un rayo no hiciera tanto estrago en el corazón del Señor de Sangüensa como esas palabras.

—¿Sabes lo que dices, infiel? exclamó con ira. ¡Mi hija tu esposa! No lo repitas por piedad hacia ti mismo.

—“¡Qué! le replicó el moro. ¿Has imaginado por ventura que soy menos fuerte que tú? Eres dueño de las ruinas de Lumbier ¿no es eso, cristiano? Pues bien, mira. Yo soy dueño de las ruinas de Sangüesa”. Y abrió de par en par la gótica ventana que daba al campo, al proferir estas razones.

Un denso humo se percibía a lo lejos; ocupaba un espacio inmenso. ¡Sangüesa!, —clamó D. Rodrigo—; —corramos, Eleonora, acaso es tiempo...

—“No, ya es tarde, dijo Abul-Hacem con fatídico acento. Tu villa y tu castillo son pasto de las llamas: mis soldados han penetrado en Sangüesa, mientras los tuyos se hartaban de horrores en Lumbier. ¿No habéis querido celebrar la victoria con luminarias? Con luminarias celebro yo allí mi himeneo. Vete, D. Rodrigo, tu hija es mía, te la he robado, la he ganado en combate... Cristiano, vete: has aniquilado en el país la dominación de los hijos de Ismael. ¿Qué más quieres? Un hijo de Ismael ha aniquilado en tu corazón toda la esperanza de felicidad. Adiós, me quedo con tu hija”.

—“Primero caiga sobre tu cabeza la maldición del cielo. ¡Defiéndete!”.

—“¡Padre mío! ¡Padre mío!, exclamó Eleonora cayendo de rodillas.

Conservad vuestros días preciosos, vuestra hija os lo ruega, vuestra hija que morirá de desesperación si la suerte os es contraria en la pelea. Y tú, noble Abul-Hacem..."

— "¡No lo mires, no le supliques!, la interrumpió D. Rodrigo. ¡Salgamos de aquí, y si se atreve!..."

— "¡Sí me atrevo! Orgulloso Señor de la que fue Sangüesa, esta mujer me pertenece por su propio consentimiento: es mía, ¿lo has oído? mía y no te seguirá"

— ¡Eleonora!, gritó el caballero, ¡Eleonora!, jura que no es verdad lo que dice este infame sarraceno.

— ¡Ah!, respondió la sin ventura; demasiado cierto es por mi desgracia.

— "¡Sí!, pues entonces muere", murmuró su padre, y le clavó la daga en el corazón.

Su acción fue tan pronta que Abul-Hacem no tuvo tiempo de impedirle; en su desesperación sacrificó al padre sobre el cadáver de la hija. Cruzó en seguida los brazos y contempló con sardónica sonrisa las marchitas gracias de su amante, mientras el fuego consumía las anchas cuerdas y corredores del palacio. Dos días después que éste fue devorado enteramente por las llamas, se vio a un moro pálido arrastrarse penosamente hacia los escombros, y rebuscar entre ellos un objeto querido, sin que los cristianos lograsen de él más explicación que su sonrisa. ¡Infeliz! Estaba loco. J. M. de A.

44. *Reseña biográfica de doña María Napoleona Albini de Vellani*

Esta excelente actriz, celebrada con entusiasmo en las principales ciudades de Europa y América, como lo acreditan varios artículos insertos en *La Revue Musical* de París, en el *Velocífero* de Nápoles, y en otros periódicos de Madrid, de Barcelona y de Méjico, nació en Módena a fines de 1808, oriunda de una familia ilustre; habiendo sido su padre uno de los primeros y más ricos comerciantes de aquella ciudad.

.....

En Méjico conservó ilesa su celebridad, luciéndose en las óperas de más renombre, cuales son: *Norma*, *Pirata*, *Straniera*, *Donna del Lago*, *Zelmira*, *Johana Shor*, *Cenerentola*, *Guillermo Tell*, los *Normandos en París*, *Ana Bolena*, *Capuleti e Montecche*, &c. &c.

Ahora que tenemos el gusto de haber oído en el Teatro Principal de la Habana su hermosa voz, y que hemos observado su gran maestría, su dignidad y finura en la acción, no dudamos que cuantos encomios le han prodigado en los periódicos de las capitales donde la han oído cantar, son justos; siendo dignos de notarse, entre otros artículos que hemos leído, los redactados por Mr. Fétis y por el Sr. Torelli, no tanto por su mérito literario, cuanto por el sello de imparcialidad que los recomienda. F. G.

[49]

“Por ocupaciones de la imprenta no fue posible que saliese este número cuando lo teníamos ofrecido, y lo avisamos para satisfacción de los señores que nos honran con sus suscripciones”.

53. *Margarita. Crónica de 1570*

I

Una paz poco duradera acababa de reunir por tercera vez a católicos y protestantes. Catalina de Médicis, esperando vencer o enfrentar el ardor de los jefes de ambos partidos que dividían la Francia, los atraía con astucia a su palacio; las fiestas y los placeres se sucedían en Saint-Germain; y la corte se componía de la juventud más brillante; de la más bella y escogida de toda la nación. Carlos IX iba a cumplir 23 años, y sus hermanos, los duques de Anjou, y de Alençon, el rey Henrique de Navarra, y el príncipe de Condé, los Guisas, Biron y Tavannes, amigos inseparables de Henrique, rivalizaban en ardor y en ambición, distinguiéndose a porfía en las magníficas justas y arriesgados torneos que se renovaban sin cesar.

La joven y hermosa Margarita, esposa del rey de Navarra, las duquesas de Suaves y de Nevera, y la amable María Touchet, favorita de Carlos, embellecían con su discreción, sus gracias y su elegancia aquellas suntuosas reuniones, llenas de tanto encanto y seducciones, que dieron a su época un tinte poético de franqueza y cortesanía, de delicadeza y marcialidad, inseparable de los tiempos de turbulencias y de luchas sangrientas.

De repente, en medio de tantos regocijos, en medio de aquella bulliciosa y alegre juventud incansable de placeres, resuena un grito de horror... la sangre corre a torrentes... descúbrese la traición... túrbase la

paz, y los protestantes son degollados. El rojizo sol del día de San Bartolomé alumbró por última vez a cien mil franceses, y aquella corte frívola se precipita a la matanza con el mismo entusiasmo que a un impúdico sarao. ¡Qué mucho! El rey Carlos IX, tan joven y tan tierno, ha firmado la orden para la horrible carnicería. El de Guisa abandona los brazos de la princesa que adora, para correr a hartarse de la sangre de los Coligni; todos le siguen, todos combaten, todos hieren... ¡horrorosa noche! la primera luz del 25 de agosto de 1570 guió los fugitivos pasos de los últimos protestantes, que no tardaron en reunirse y en turbar de nuevo la tranquilidad de la nación.

Mas, ¿quién se pondrá a su frente? ¡Coligni no existe! Coligni, que por su carácter, por sus virtudes, y por su valor sabía ganar la voluntad de los aliados, aunque sólo pudiese ofrecerles promesas o un porvenir incierto, yacía vilmente asesinado por el duque de Guisa! ¿Quién podía sustituirle? Henrique de Navarra, su discípulo... Henrique, héroe ya desde las memorables batallas de Fernac y Monteontour, Henrique, cuyo corazón ha podido ser alucinado por las delicias de una corte voluptuosa, pero no corrompido. Henrique, pues, será el padre, el amigo, el jefe de los protestantes; combatirá por ellos y con ellos, sufrirá privaciones, gozará de sus triunfos, y asentará también su trono en medio de ellos, hasta que sus esfuerzos reunidos lo coloquen en el de Francia, degradado, envilecido bajo la influencia peligrosa de una italiana más ambiciosa que capaz, y tan pérfida como hipócrita.

Pero Henrique estaba en poder de Carlos IX, con cuya hermana se había casado, y a duras penas podía comunicarse con el partido protestante. Y con todo, su presencia era necesaria en el campo.

Formóse un complot que tiene por objeto arrancarlo de la corte, y con él al príncipe de Condé y al duque de Alençon, hermano del rey, a quien Henrique ha logrado comprometer, halagando sus pretensiones sobre Flandes. Doseientos caballeros, el vizconde de Turena, el de Montmorency, el de Cossé, los señores de Thore y Lamole y el conde de Coconnas, se ponen a la cabeza de la conspiración. Aplázase el día; Henrique lo ha previsto todo con serenidad, con aquella serenidad que le distinguió después, y a la cual debió el renombre de hábil político con la misma justicia que el de gran capitán. En el momento de la ejecución es vendido; alármase la corte y se esparce la voz de que quieren matar al rey.

Son las dos de la mañana; Carlos IX está agonizando, pero la impávida Catalina manda colocarlo en una litera, y toda la corte se huye apresurada desde Saint-Germain a París.

En el mismo instante son arrestadas infinitas personas: Lamole y Coconnas, no pueden fugarse y se encuentran seriamente comprometidos: instrúyese proceso criminal contra ellos, y se considera su causa la del partido protestante. La justicia siempre exige largos procedimientos, porque es necesario descubrir cómplices, porque la muerte de dos hombres, de dos grandes señores, no basta para satisfacer la venganza del rey, mejor dicho, el encono de Catalina de Médicis. Durante estas dilaciones, la corte vuelve a engolfarse en sus acostumbradas fiestas; éstas también hacen parte de la política de aquella ambiciosa mujer. Vuelven, pues, a adormecerse los palaciegos entre danzas y festines, y Henrique, con la mira de burlar la vigilancia de que es objeto, arrastrado tal vez por aquel deseo incesante de placeres que le dominaba, como a la mayor parte de los grandes hombres de su tiempo, obsequia tiernamente a su esposa Margarita, dirige afectuosas miradas y lánguidos suspiros a la marquesa de Suave, cuyo corazón se disputan los duques de Anjou y Alençon, y se declara abiertamente amante de la bella Torigni, dama de honor de la reina constantemente adorada de Lamole.

El ejemplo de la reina madre y la necesidad obligan al rey de Navarra a ocultar su franco y noble carácter. Disimula, aparenta divertirse, pues conoce que sólo así puede ser útil al partido que cifra en su valor a prueba todas sus esperanzas. De este modo, y mientras a los ojos perspicaces de Catalina, sólo aparece ocupado de sentimientos tiernos y amorosos, cuenta sus fuerzas, alienta a sus partidarios, visita a los miembros del Parlamento que deban juzgar la conspiración de Saint-Germain, estudia la astuta política de la reina, reanima el ardor de los suyos con avisos secretos, y hace escribir a Margarita una memoria justificativa; verdadera obra maestra inspirada a esa mujer célebre por la poderosa superioridad de las ideas de Henrique, y por la indecible pasión que profesaba en secreto hacía algún tiempo, al conde de Coconnas.

II

Como a las cuatro de la tarde de un día tempestuoso de diciembre, estaba sentada una mujer joven y hermosa delante de una mesa de mármol

negro, recargada de adornos y relieves según la moda de aquella época, en un salón del palacio del Louvre, que acababa de construirse por orden de Catalina de Médicis. Los muebles de este salón, su techumbre, las pintadas batallas de los tapices y los largos y estrechos espejos, raros todavía en aquel tiempo, detrás de los cuales ondeaban banderas cogidas en Jarnac y Monteontour, le daban un aspecto imponente y guerrero, a que no poco contribuían las encarnadas cortinas de damasco con franjas y borlas de oro, que hacían sombra a las rasgadas ventanas y macizas puertas de aquella habitación. Un rico tapete de la misma tela guarnecido de exquisitas labores de oro y seda cubría la mesa de que hemos hablado, y varios papeles esparcidos sobre ella, así como un enorme tintero de metal y varias plumas indicaban que la tierna beldad que ocupaba el asiento inmediato, se había ocupado en escribir. Con efecto, el trabajo de sus lindos dedos se hallaba entre las manos de un hombre que, de pie detrás de ella, lo leía sin pestañear. Su figura era noble, aunque algo adusta; el color de su rostro, moreno, y su talla más alta que elegante; y aunque por estos indicios no era fácil calcular la edad que tenía, revelaban no obstante que su juventud, unos ojos de fuego, siempre que los volvía hacia la dama, y los enérgicos gestos y exclamaciones que se le escapaban de cuando en cuando: entonces se podía conocer que una vida inquieta y penosa había impreso en su fisonomía la expresión de las pasiones, que ordinariamente son el patrimonio de la edad madura, pero que se habían fijado en él merced a días borrascosos y circunstancias difíciles en que se habían visto más de una vez.

La joven parecía inmóvil; tenía el codo izquierdo sobre la mesa, apoyada en la mano la mejilla y seguía con la vista todos los movimientos del lector. Conocíase empero en aquel mirar vago y tímido, que sus pensamientos erraban lejos de aquella estancia y del manuscrito que embelesaba a su acompañante, y parecía que olvidaba enteramente de cuanto contenía, se hallaba realmente donde anhelaba hallarse. A juzgar por el encanto indefinible que animaba su rostro, y por la gracia seductora de una sonrisa dulce, voluptuosa, que erraba sobre sus labios, diríase que halagaban su corazón tiernas palabras de amor... En el mismo instante desaparecía la ilusión, y aquella belleza tranquila sólo esperaba el terror y el espanto. Herida de un presentimiento terrible, reconcentrábase en sí misma, observaba temerosa las impresiones del hombre que tenía de-

lante, y procuraba sacar de sus generosos sentimientos, de su nobleza, convicción, la fuerza y la esperanza de que su alma combatida por encontrados efectos tenía tanta necesidad.

—Bien, Margarita; muy bien, decía el joven mientras leía. No hay duda; los salvaremos.

—¿Creéis que esa memoria responde satisfactoriamente a todos los cargos, Henrique?

—¡Por San Dionisio!, desafío a todos los señores del Parlamento a que hagan otro tanto. Creedme; con este papel espero confundirlos, y vos, esposa mía, acabáis de adquirir nuevos derechos a mi agradecimiento, ocupándoos en trabajar por la libertad de dos amigos míos. No, no hay en la corte dama alguna que desde hoy pueda rivalizar con vos.

—¿Ni aun la marquesa de Suave?, replicó ella irónicamente.

Henrique se mordió los labios y continuó su lectura. Madama de Suave era siempre motivo de incomodidades entre aquellos esposos. Margarita volvió a alimentar su corazón con mentidas ilusiones como al principio.

—¡Margarita!, ¡mi hermosa reina Margarita!, ¿se puede entrar?, dijo una voz de mujer.

—Es Torigni, murmuró el rey dejando el manuscrito sobre la mesa, y adelantándose de puntillas, llegóse poco a poco a la puerta, levantó el tapiz que la cubría, y se encontró cara a cara con la bella Torigni, amiga y confidente de la reina. La joven lanzó un grito de sorpresa al ver al rey, se dio prisa en esconder en el pecho un papel que llevaba en la mano.

—¡Ah!, ¡querida mía!, dijo Henrique agarrándola por el brazo, y conduciéndola al centro del salón: ¿Qué venís a hacer aquí con Margarita?, alguna picardía tal vez contra mí, a quien sin duda no esperabais encontrar, ¿eh? Pues bien; en castigo vais ahora mismo a pagarme el beso que siempre me estáis prometiendo.

—¡Dejadme!, gritó Torigni, procurando desasirse. Y bajando la cabeza hizo, de modo que no la viese el rey, una seña a Margarita, para indicarle que tenía que entregarle alguna cosa.

—Vamos, Henrique, soltadla, dijo Margarita interponiéndose.

—No, ¡por San Dionisio! es preciso que me dé un abrazo.

—Soltadme primero, respondió la astuta dama, y después veremos. Henrique la dejó libre.

Levantándose entonces sobre las puntas de los pies, hizo al rey una graciosa cortesía y le ofreció su mejilla, y alargando al mismo tiempo el brazo entregó a Margarita, colocada detrás de su esposo, el billete que había ocultado cuando divisó al rey en la puerta del salón. Pero Henrique, al abrazarla, no perdió la dirección de sus miradas; dio repentinamente una vuelta con el objeto de sorprender a Margarita, pero ésta, sin turbarse, le dirigió una de aquellas sonrisas que tanto le cautivaban.

—Sois muy amable, Henrique; ¡oh!, mucho, pues atormentáis y perseguís a las damas hasta en mi presencia.

—¿Qué es lo que habéis dado a la reina, Torigni?

—Apuesto, dijo ésta alegremente, a que sois capaz de suponer segundo delito, por exigir segundo castigo. Mas por esta vez me perdonaréis, señor, porque yo no he venido aquí a divertirme con vos, y escapándose de junto a Henrique se puso en salvo de un brinco detrás de Margarita.

—Henrique, dijo la reina, deteniéndole al mismo tiempo que iba a seguir a Torigni, ¿olvidáis que Carlos está esperando esa memoria para enviarla a la comisión encargada de juzgar el desgraciado asunto que tanto compromete vuestra seguridad y las vidas de vuestros amigos? Lamole y Coconnas cuentan con vos... acabadla de corregir... el tiempo se acerca, y el rey, que desea perdonarlos por daros gusto, extrañará vuestra tardanza.

—Tenéis razón, hermosa Margarita; no debo perder un instante. En cuanto a corregirla, no lo necesita; es una obra perfecta, y la presentaré al consejo con orgullo.

Acercóse a la mesa, reunió los papeles, los arregló cuidadosamente, y ya sólo se ocupó en la importancia de la causa que pronto iba a decidirse. Margarita le ayudó en este trabajo, acompañándole en seguida hasta la puerta desde la cual dirigió a ambas un cortés saludo y las dejó solas.

Mirándose entonces una a otra como queriendo explicarse mutuamente el peligro que habían corrido.

—Es del conde de Coconnas, dijo, Torigni; nos esperan.

Margarita abrió el billete y lo leyó.

—¡Ah!, volando, exclamó en seguida; mi manteleta. Henrique ha ido al consejo del rey y tenemos tres horas de que disponer. ¿Está todo preparado?

—Todo, todo, dijo Torigni, ayudando a la reina a cubrirse con la

manteleta. La carroza amarilla nos espera en el segundo patio, cerca de la escalera de la izquierda, y podréis pasar sin que nadie os conozca, porque parecéis exactamente Madame de Tournon.

—No malogremos un minuto, dijo Margarita. Y el tapiz que cubría la puerta se levantó.

III

En el centro de un grueso muro se veía una puerta cercada de anchas piedras colocadas en forma de ojiva, y cubierta de clavos y de barras de hierro de alto a bajo: enfrente de esta puerta, en el opuesto lienzo de la muralla, había dos aberturas defendidas por barrotes, las cuales comunicaban misteriosa luz a un aposento húmedo y frío que servía de prisión de estado al señor de Lamole y al conde de Coconnas, hasta la conclusión del proceso mandado formar por el rey sobre la conspiración de Saint-Germain. Una mala cama oculta entre dos cortinas de sarga que había sido verde, un baúl y dos o tres banquillos completaban el ajuar de tan triste habitación.

Al pie de aquella miserable cama estaba sentado el conde de Coconnas, a quien había ido a consolar secretamente la hermosa reina de Navarra, Margarita de Valois.

Al otro lado del aposento, sentados en los banquillos, Lamole y Torigni olvidaban todas las amarguras pasadas, con el recuerdo de su amor presente. Y los cuatros esperaban que los debates del asunto que se discutía en aquel instante en el Parlamento aclararían la verdad, y disculparían a Lamole y Coconnas de la temible acusación producida contra ellos, suponiéndoles cómplices en el proyecto formado por los protestantes de atentar a la vida del rey. Una vez reconocida su inocencia con respecto a este punto, no dudaban de que sus cadenas se romperían en breve, y el amor los adormecía con mil risueñas perspectivas, con un porvenir delicioso rodeado de mágicos sueños y encantados placeres. Mas, ¡ay!, la esperanza es hija de nuestros deseos y nos conduce casi siempre a un fatal desengaño. Cuanto mayor es aquélla, tanto más nos abruma éste cuando llega la hora funesta.

—No, tú no morirás, mi fiel, mi valiente caballero, le decía Margarita. Henrique me lo ha prometido... he escrito una memoria justificativa que me ha dictado... en este momento tal vez la está leyendo en el conse-

jo... Por último, si la comisión te condena, Henrique solicitará de Carlos tu perdón... ¡Ah! Dios quiera que se persuadan de tu inocencia para salir hoy mismo de tanta agitación, de tanto tormento. ¡Si supieras cómo consolaba mi corazón este pensamiento! ¡Salvarte, conde mío!...

—Reina adorada, respondió el conde, el cielo sabe que sólo por ti, por este amor que hace mi felicidad, deseo conservar la vida.

—Escuchad, dijo Margarita, con voz calculada: alguno se acerca a este sitio. ¡Dios mío!, vamos a ser sorprendidos! ¿Qué partido tomar? ¿Dónde ocultarnos?

Levantáronse los cuatro a un tiempo y permanecieron silenciosos un corto espacio: la reina no se había equivocado; oíanse claramente los pasos de una persona que se dirigía al calabozo apresuradamente.

—Estamos perdidos, exclamó la reina retorciéndose las manos.

—Escondámonos, decía Torigni con la mayor ansiedad, y recorría acelerada todo el aposento.

—Es el rey, sí, los conozco bien; son los pasos de Henrique.

—¡Ah, Margarita mía!, ¡no poderte salvar!, dijo el conde dolorosamente; ¿qué hacer en tan duro aprieto?

—Morir contigo, le respondió ella con amorosa exaltación.

—¡Aquí!, gritó Torigni, separando el baúl, y señalando un estrecho ángulo saliente que formaban las paredes detrás de la cama. Empujó a la reina, entró en seguida y las cortinas acabaron de ocultarlas. Lamole arrojó el baúl y se sentó aparentando una serenidad que desmentían las violentas palpitations de su corazón.

Corriéronse los cerrojos y se abrió la puerta con estrépito. Henrique entró en la prisión seguido de cinco caballeros y estrechó en sus brazos cordialmente a Coonnas, al mismo tiempo que con el mayor afecto apretaba la mano de Lamole. Mis nobles y queridos amigos, les dijo, el consejo está reunido y en él se discute con calor nuestro asunto. La memoria de la reina Margarita ha producido una sensación profunda y sólo queda un punto por aclarar. Yo me he aprovechado del tiempo que exige la discusión de tan grave negocio para venir a hablaros y saber de vosotros una cosa importante. ¿Se podrá probar que cuando se desgració el golpe de mano de Saint-Germain, no teníais relaciones con Ruggieri, el famoso alquimista de Catalina de Médicis? ¿Lo puedo yo afirmar en conciencia? ¿Me autorizas para ello?

—Sí, respondieron los dos sin vacilar.

—Pues entonces, esperemos.

—Señor, dijo Coconnas, mucho deseo tenemos de salvar nuestras vidas de la cuchilla del verdugo, pero nunca consentiremos que V. M. dé en nuestro favor paso alguno que sea contrario a su interés. Nuestras vidas están consagradas al servicio de V. M., y a la gloria de su nombre, y sabremos ofrecerlas en sacrificio por tan caros objetos sin exhalar un suspiro.

—Yo no lo acepto; y pues por mi causa os halláis comprometidos, yo soy quien debe libertaros. Nuestros intereses se cifran todos en adquirir gloria y fama de esforzados y generosos, y nunca se dirá que el navarro abandonó a sus amigos en la hora del peligro. ¡Por San Dionisio! Si el Parlamento os condena y Carlos es inflexible, ¿no tengo a mi hermano el de Alençon que ayudará?, ¿no tengo fieles amigos y soldados a toda prueba? Me pondré a su cabeza y vendremos a arrancaros de aquí, y de este modo contaré dos valientes más entre mis filas para rechazar al enemigo. Si es preciso moriremos, pero moriremos a caballo, empuñando las espadas o las lanzas. Valor, amigos míos, y confianza en mí; os salvaré o perderé mi corona.

—De todos modos, contad con nuestra constante adhesión, dijeron los dos prisioneros, estrechando entre las suyas las manos del rey.

—Vuelvo al consejo, porque su influencia ha de ser de mucho peso en el ánimo de los jueces, y sería tentar al diablo detenerme más tiempo.

Al separarse de ellos, les dejó la esperanza.

—Sí, caballeros, decía Henrique a los que le acompañaban; montaremos a caballo si se nos obliga a ello, y aunque tengamos que huir, será una retirada honrosa, pues conduciremos dos amigos más a nuestro reino de Navarra, y poniéndonos al frente de los fieles vasallos que esperan nuestra llegada, nos juntaremos al ejército de Larochele y empezará la guerra.

La noche empezaba a esparcir sus negras sombras. Al principio de la calle que conducía al Louvre se veía una carroza amarilla. Estos carruajes no eran muy comunes en aquel tiempo, y el sitio que ocupaba aquel y el aire de misterio que le rodeaba, pues ninguna persona se divisaba a su inmediación, lo hicieron sospechoso para el rey.

—Si estuviéramos más despacio, señores, dijo alegremente, tal vez descubriríamos por aquí alguna cita amorosa; pero no podemos dispo-

ner de un momento; sería perjudicar a aquellos dos fieles compañeros.

—Quelús vive por estos alrededores, dijo Sauvigni con malicia, y aseguran que la duquesa de Nevers no le mira con indiferencia.

—La carroza de la duquesa es verde, replicó Tavannes, y la que tenemos a la vista es amarilla, a lo que parece desde aquí.

—¡Amarilla! exclamó el rey, como si su alma hubiera sido herida de un recuerdo tristísimo. En efecto, era amarilla, De repente se detiene Henrique y dice a sus caballeros: he olvidado preguntar a Coconnas un punto de la mayor importancia; nadie me acompañe, porque en breve volveré. Esperadme en el mismo sitio.

¡Una de las carrozas de la reina Margarita era también amarilla! Henrique, acosado por este importuno pensamiento, se acuerda de mil circunstancias anteriores que no había reparado, y resuelto a aclarar las dudas que cruzan su mente, llega silenciosamente, manda abrir la puerta y encuentra a Margarita y a la joven Torigni que acaban de salir de su escondite, y se felicitaban con sus amantes por haber evitado el peligro con que les amenazó la primera llegada del rey.

Al reparar en aquellas cuatro personas, quedó éste inmóvil en el umbral de la puerta.

—No me ha engañado el corazón, murmuró con furor reconcentrado, y temblando de pies a cabeza; ¡la reina aquí!

—¡Henrique!... ¡Señor!, gritó Margarita arrojándose a sus pies.

—¡Y yo necio, que hubiera dado mi vida por salvarlos!

—¡Señor!, repitieron los dos prisioneros.

—¡Y Torigni también!, añadió dolorosamente Henrique. Cruzó después de pronunciar estas palabras los brazos sobre el pecho con fuerza convulsiva, dirigió a su esposa una mirada insultante de desprecio, y se retiró con el corazón despedazado por el terrible golpe que acababa de recibir.

—Apresurémonos, caballeros, dijo al reunirse con su comitiva: el negocio de Lamole y de Coconnas se presenta de muy mal aspecto.

—Todos estamos prontos, señor, pronunció Sauvigni: ¿quiere V. M. que nos armemos?, hemos jurado libraros de la muerte, y lo cumpliremos sin temblar. Díganos pues, V. M. lo que debemos hacer.

—Nada, respondió secamente el rey.

IV

Todas las noches se reunía la familia real en la estancia de Catalina de Médicis. El día siguiente al del acontecimiento que se acaba de referir había habido corte, y apenas se eclipsaron los últimos rayos del sol, se vio aquel magnífico aposento lleno de grupos de señores, que se apresuraban a rendir galantes obsequios a las apuestas damas que acudían gozosas al círculo brillante, del cual era centro la reina madre, la astuta mujer que aparentemente rehusaba mezclarse en el gobierno de la nación, y en realidad manejaba a su antojo el timón del estado, abusando del poderoso ascendiente que tenía sobre Carlos IX. Hablaban los cortesanos en voz baja, y era asunto de sus pláticas la conspiración de Saint-Germain, de que se había ocupado el Parlamento aquel mismo día, y que al fin de la sesión había tomado un carácter más serio con respecto al señor de Lamole y al conde Coconnas, a quienes se imputaban nuevos delitos. Isabel de Austria, esposa del rey Carlos, estaba sentada a un lado de la chimenea, y enfrente de ella Catalina de Médicis procuraba animar su escogida reunión, disgustada por la ausencia de Margarita de Navarra, dirigiendo a cuantos la cercaban, aduladores, frases y fingidos elogios con aquella gracia y finura que sabía emplear cuando quería seducir.

—Nuestra querida Margarita se halla tan indispuesta esta noche, que ha mandado la excusen conmigo, decía a la duquesa de Nevers. Nuestra tertulia tiene luto por su ausencia, y en verdad, que sin ella no podemos las demás ser amables.

—Ahora mismo acabo de dejarla, y me ha encargado que ofrezca sus respetos a V. M.: realmente se halla en un estado que no la permite presentarse en la corte.

Al oír el nombre de Margarita se acercaron a la chimenea muchos cortesanos. La reina de Navarra era, en efecto, el alma de los placeres de la corte, y su indisposición interesaba a todos. Madame de Suave, que se entretenía con el duque de Alençon, dirigió la palabra a los señores de Souvré y de Brissac, que se hallaban inmediatos, con el objeto de llamar la atención de un personaje a quien miraba de hito en hito desde que entró en el salón. Se había colocado aquel hombre al lado de una ventana, y examinaba o fingía examinar a todos los señores que entraban, aunque su imaginación se hallaba distraída en cosas bien diferentes de la escena que tenía ante sus ojos. Cuando la reina Catalina pronunció el nombre

de Margarita, se estremeció; y fuese efecto de su temblor o encuentro casual de su mano, se oyó el ruido que hizo la espada que llevaba ceñida. Madame de Suave acostumbraba a leer en la fisonomía de aquel caballero, deseaba a toda costa adivinar lo que tan vivamente le afectaba y estaba a punto de creer que su mal humor no provenía solamente del peligro en que se hallaban sus dos amigos Lamole y Coonnas. Verdad es que se susurraba el mal estado de su proceso, pero no era menos cierto que en el caso de ser sentenciados podía apelarse, y cuando ya no quedase esperanza alguna, Carlos no era inflexible, y en uso de sus reales prerrogativas era de creer les perdonase la vida: había pues motivos para creer que escaparían del inminente peligro que les amenazaba, sin contar las precauciones que Henrique había tomado. ¿Cuál podía empero ser la causa de la profunda meditación en que se hallaba sumergido? Porque era el mismo el hombre de la ventana, que no pudiendo excusarse de asistir a la brillante reunión de costumbre, se violentaba inútilmente en ocultar los sufrimientos de su alma.

La llegada del rey suspendió las observaciones de Madame de Suave.

Aunque de mediana talla, Carlos IX no carecía de majestad; se presentaba con elegancia, y su figura pálida y enfermiza expresaba a favor de las luces artificiales una dulce melancolía que el ardor de sus ojos azules hacía más poética. Saludó a las mujeres con gracia, dirigió algunas palabras afectuosas a la reina madre, y después de recibir los cumplidos de varios aduladores cortesanos, se detuvo delante del rey de Navarra.

—Hermano mío, le dijo, vuestros protegidos deben estar hoy muy tristes; el Parlamento ha sido severo para con ellos; pero yo puedo más que el Parlamento: venid, en mi cuarto está la sentencia y sólo se aguarda ni firma. ¿Nada tenéis que pedirme en su favor?

—No; nada, respondió Henrique con voz atronadora; hágase justicia, murmuró un instante después.

Dirigió Carlos, sorprendido, una ojeada observadora sobre el semblante del de Navarra, como para adivinar su pensamiento; siéndole esto último imposible, reflexionó, entró en sospechas, y cuando el duque de Alençon se acercó a él para solicitar el perdón de los dos presos, ya era tarde: el temor se había apoderado del débil y receloso corazón del monarca, y rehusó la gracia.

A la mañana siguiente se levantó un cadalso en la plaza de Freve, y el verdugo de París enseñó dos cabezas al pueblo.

Algunos siglos después, en el mes de abril de 1837, todos los periódicos de aquella misma ciudad de París publicaron el artículo siguiente.

“Hace poco tiempo que dos pescadores encontraron en el Sena, cerca de la isla de los Cisnes, un cofrecito de madera cubierto de planchas de acero enmohecidas por el agua y cerrado herméticamente: la cerradura se conservaba en muy buen estado. Todavía se distinguían sobre la cubierta algunas flores de lis medio borradas y la cifra de Margarita de Valois debajo de una corona real. Los pescadores rompieron el cofre, mas en lugar del oro y de las piedras preciosas que contaban encontrar en él, retrocedieron de horror al ver una cabeza de hombre, embalsamada, y perfectamente conservada, a pesar de un tinte verdoso esparcido sobre todas las facciones y de tal cual mecha de cabellos que adornaban la parte superior del cráneo. En el fondo de aquel cofre había un cordón de pelo, dos flores desecadas, una venda y un puñal con la punta manchada de sangre. Uno de nuestros más distinguidos historiadores ha comprado el cofre con los efectos que contenía, y es de opinión que, en vista de la cifra que adorna la tapa, perteneció a Margarita de Valois, mujer de Henrique IV, la cual quiso poseer hasta la muerte la cabeza del conde de Coconnas, su amante, después de haberla hecho embalsamar”. J. M. de A.

60. *La campana de las doce*

I

¿Cuál sonoro clamor rasga las nubes
e interrumpe el silencio magestoso,
que reina en el espacio vagaroso
y en la hermosa mansión de los querubes?

¿Es la voz del Eterno que retruena
desprendida del alto firmamento,
o el zumbido fatídico del viento
que en las etéreas bóvedas resuena?...

No; es el fúnebre son de una campana
que recuerda a los hombres obcecados,
la existencia de seres olvidados
que, tal vez, no pudieron comprender.
Vago clamor que a la oración convida;

preludio de un semblante macilento
 que preside al destino de un convento,
 antro de fanatismo y padecer.
 Y en tanto que en el mundo, interesante
 por la dicha fugaz que le engalana,
 adormécese altiva, cortesana,
 objeto de los brindis del festín.
 Aquí, sobre el marmóreo pavimento,
 en medio de la noche tenebrosa,
 columbra del Señor trémula esposa
 de negra tumba el aspecto confín.
 Allí todo es placer, aquí dolores;
 todo es risas allí, cuando aquí lloran;
 cuando adorando a un Dios, tal vez adoran
 la imagen de algún mísero mortal.
 Cuando, tal vez, ardiendo, allá en su pecho,
 está de amor la abrasadora llama;
 cuando la mente agita, el seno inflama
 el germen de un recuerdo mundanal!...
 Hallar su patria en miserable celda;
 va en estrecho claustro el orbe entero;
 he aquí la suerte de este ser, que fiero,
 rabioso el hado destinó a sufrir.
 Y en medio de ilusiones fugitivas
 que avivan los tormentos bramadores,
 sin ayer, sin presente, sin amores,
 la tumba en su espantoso porvenir!
 Allá en el fondo de enlutado coro,
 sobre la dura piedra arrodillada,
 una mujer, ya próxima a la nada,
 contempla indiferente un ataúd.
 Retrátase la calma en su semblante
 como en el rostro pálido de un muerto,
 porque su corazón helado, yerto
 no agita ya ferviente juventud.

Más allá, en oración tierna, sublime,
 una virgen preséntase de hinojos;
 el llanto inunda sus hermosos ojos,
 su pecho oprime el peso del dolor.
 Víctima expiatoria que la tierra
 fanática consagra al justo cielo
 ¿encubres, di, bajo tu denso velo
 un corazón que palpité de amor...?
 Dime, virgen, cuando lloras
 y en férvido ruego imploras
 de Dios el sagrado nombre;
 ¿es que su imagen adoras,
 o es que adoras la de un hombre?
 Si de una ilusión impía
 el resplandor moribundo
 te agita en su sueño profundo;
 ¿no halaga tu fantasía
 un recuerdo de este mundo?
 ¿no ves las purpúreas flores
 que por doquier le matizan?
 y del mundo a los señores,
 no ves cómo se deslizan
 sobre torrentes de amores?
 ¿No recuerdas que, al placer,
 abierto tu corazón,
 te lanzabas al no ser
 tras fantástica ilusión?
 ¿No lo recuerdas, mujer...?
 ¿Olvidas que engalanó
 un día tu frente pura,
 divina flor que brilló
 al par de aquesa hermosura,
 que un Dios nos arrebató?
 Aquella flor purpurina
 sobre tu cándida frente
 inclinó su faz divina

al morir lánguidamente,
 convirtiéndose en espía.
 Espina que traspasó
 tu inocente y puro seno,
 que en volcán se convirtió,
 fuego que amor derramó
 en él su letal veneno.
 Y si agita una ilusión
 tu doliente corazón;
 ¿del desengaño a la luz
 no se ofusca tu razón
 al contemplar una cruz?...

II

En el tortuoso lecho,
 en brazos, ¡ay! de la ilusión perdida,
 veloz palpita su turgente pecho
 donde rebosan juventud y vida.
 Ofuscada la mente
 no eleva una plegaria al justo cielo,
 que no consuela al corazón doliente
 cubrir el rostro con sagrado velo.
 Y en ensueño agitado,
 mientras recuerda su pasada gloria,
 un porvenir fantástico, dorado,
 preséntase hechicero a su memoria.
 Súbito una hora suena
 que turbando la calma funeraria,
 el triste claustro rimbombando llena,
 présaga de tristísima plegaria.
 Azorada despierta
 la virgen pura al vagoroso acento;
 convulsa tiembla y se estremece incierta
 al tocar el helado pavimento.

Huyen las ilusiones
 que la halagaron en la noche muda;
 y del bronce fatídico a los sonos
 queda tan sólo la verdad desnuda...!!

III
 Rasga el viento la voz de una campana
 que resuena en la lúgubre mansión:
 vendrá luego riente la mañana,
 y hallará a una mujer en oración!

Rogando al cielo en noche tenebrosa
 para que otro mortal del mundo goce,
 entona la plegaria lastimosa
 que anuncia la campana de las doce...!!

Casimiro Collado

63. *Magnetismo animal*

D. José María Amable, profesor de Medicina, fue bien conocido en esta capital. Pasaba por uno de los más distinguidos, sino por el primero de los discípulos del célebre Dr. Montaña. Su reputación como médico no era inferior a la que gozaba como físico y naturista; mas al fin de sus días se puso en duda la primera, porque curaba las enfermedades de nervios, que se conocían entonces con el nombre de latido e histérico, aplicando las manos a los pacientes en los lugares del cuerpo que creían más afectados del mal. Algunas personas, entre las cuales no dejaban de contarse algunos de sus compañeros, llegaron a ridiculizarlo, llamándole el médico del latido, aunque nadie puso jamás en duda la extensión de sus conocimientos, su laboriosidad y modestia. Sin duda alguna ese sabio mejicano sabía sacar partido de los maravillosos fenómenos del magnetismo animal, de que entonces tendrían pocas o ningunas ideas los demás profesores de la facultad, formados en nuestra miserable Universidad, en la que están todavía vigentes los estatutos que previenen se abran puntos en Aristóteles y Avicena para recibir los grados mayores en

Filosofía y Medicina, así como se abren todavía en el famoso Pedro Lombardo llamado comúnmente el maestro de las sentencias para obtener los de Teología. Si viviera hoy el Sr. Amable se le haría más justicia; pues aunque hay varias personas que no creen en los efectos del magnetismo, otras muchas están ya convencidas de su existencia por los numerosos hechos que han presenciado y de los cuales, a lo menos de los que han pasado en nuestra presencia, o en la de personas dignas de fe por su veracidad, daremos al fin de este artículo una sucinta relación. Mas para que nuestros lectores formen una idea de lo que es magnetismo, trasladaremos el artículo relativo de la *Enciclopedia Americana*, segunda edición, impresa en Filadelfia en 1835, t. VIII, p. 204.

.....

Hasta aquí la *Enciclopedia Americana*. Nuestros lectores habrán notado en el artículo precedente que algunos partidarios del magnetismo con una buena dosis de charlatanería, o nimia credulidad, le han atribuido un poder semejante al de la magia o encantamiento, con lo que han conseguido atraerse la burla o el desprecio de las gentes sensatas. Bastante maravillosos son los fenómenos para que sin necesidad de exagerarlos temiesen la crítica severa de un siglo escéptico como el nuestro, y no se aventurasen a fundar teorías atrevidas, hijas las más de las veces de una ardiente imaginación, debiéndose haber contentado con referir sencillamente los hechos que iban obteniendo, que es el modo más seguro de adelantar las Ciencias naturales. No han faltado sabios que hayan procedido con ese pulso y detenimiento, y entre ellos merece un lugar distinguido Mr. Rostan, por mucho tiempo incrédulo, y al fin defensor vigoroso del magnetismo, cuyo artículo inserto en el *Diccionario de Medicina* de 21 tomos, impreso por Rignoux, recomendamos a nuestros lectores, y quisiéramos poder insertar en este periódico; pero su larga extensión nos lo impide.

El magnetismo animal se descubrió en Méjico de la manera siguiente. El Sr. prefecto de Tezcoco D. Joaquín Noriega está casado con una señorita que padece frecuentes ataques de epilepsia, y notó que cuando en medio del accidente le tomaba las manos le duraba menos el mal, o sus padecimientos eran menores. Las repetidas experiencias que hizo no dejaron duda de que su contacto tenía la virtud de causar a su esposa alivios notables, y le hicieron descubrir también el modo de

manipulación con que se conseguía que esos alivios fueran mayores. D. Ángel Ramírez, profesor de Medicina y que tenía entonces su residencia en Tezcoco, noticioso del caso, hizo también sus observaciones así con la Sra. Noriega como con otras personas, y consiguió que en muchas de ellas se desarrollase el magnetismo hasta el grado de hacerlas dormir, y de que se produjese en algunas sonambulismo. Una de éstas fue la expresada Sra. Noriega, la cual se declaró una excelente sonámbula, y lo mismo otra joven sobrina del Sr. D. Felipe Neri del Barrio, habiéndonos referido de ambas personas fidedignas, como son el mismo Sr. prefecto y el juez de Letras Lic. D. Ignacio Lóvis, casos asombrosos de adivinación. Mas como nuestro objeto principal no es presentar el magnetismo por este lado, sino llamar la atención de los inteligentes para que lo examinen como un medio curativo de las enfermedades de nervios, diremos brevemente que según se nos ha instruido obtuvo el Sr. Ramírez resultados felices en los casos en que trató dichas enfermedades aplicando el magnetismo. Sería de desear que el mismo profesor hiciese una relación de esos casos en el periódico de Medicina, por el bien de que esto pudiera resultar a la humanidad.

Trasladado a esta capital el Sr. Ramírez, ha continuado sus experimentos, algunos de los cuales hemos presenciado. No nos parecen todavía decisivos para fundar en ellos el sonambulismo adivinatorio, porque la persona magnetizada, que es una niña de doce a catorce años, si ha acertado a responder a algunas preguntas, ha errado en otras muchas. Sin embargo las que ha acertado nos han causado no poca admiración, porque algunas han versado sobre objetos conocidos solamente de la persona que hacía la pregunta, lo cual parece alejar toda sospecha de inteligencia entre la sonámbula y el magnetizador. Así es que ésta adivinó que en un sombrero puesto en el rincón de la sala había una mascada, que acababa de poner uno de los concurrentes sin que nadie lo viese, y que había tenido guardada en la bolsa; y preguntada después por el color de la mascada, lo indicó sin vacilar. Describió también la postura de otro de los concurrentes colocado detrás de ella, y al que esto escribe le adivinó que en la mano izquierda tenía un papel, y en la derecha un cigarro, con la circunstancia de que estaba él con las manos hacia atrás, y con los puños cerrados. A este modo acertó la sonámbula con otras preguntas que se le hicieron; pero habiendo errado otras muchas, y algunas

más fáciles de adivinar que las que acertó, es natural que los concurrentes quedasen en un estado de perplejidad no muy favorable a las pretensiones de los entusiastas por el magnetismo.

Más decisivos nos parecen otros dos hechos, que aunque no hemos presenciado, han pasado a la vista de sujetos intachables para nosotros, así por su veracidad, como porque siendo los manipulantes ellos mismos, y otros que estuviesen en absoluta ignorancia de la operación que iban a ejecutar. Así es que el uno de ellos hizo que una criada de su casa magnetizase a otra de menor edad, y consiguió que se produjera dentro de un breve rato no sólo el sueño, sino el sonambulismo; y la persona magnetizada adivinó tres cosas que se le presentaron envueltas en un pañuelo. El otro caso pasó en el Colegio Seminario, donde uno de los catedráticos, incrédulo como se ha dicho, tomó a un indígena, criado del vice-rector, lo durmió a poco rato, y habiéndosele cubierto los ojos con una turca, adivinó igualmente varias cosas que se le presentaron, si bien en algunas erró. Esto pasó a presencia de otros catedráticos y del vice-rector.

Mas sea lo que fuere de estas y otras adivinaciones que se nos han referido, y sobre las cuales suspendemos nuestro juicio, lo que nos parece hasta ahora fuera de duda son los fenómenos físicos de magnetismo, es a saber, el adormecimiento de piernas y brazos que siente el magnetizado con el simple tocamiento de manos del magnetizador, el sueño consiguiente a ese adormecimiento, y que es muy distinto del sueño natural, pues hemos visto a un magnetizado quedarse sin dar muestras de sensibilidad, habiéndole introducido un alfiler y aplicándole un puro encendido en el brazo descubierto, la imposibilidad de despertarlo sino por el magnetizador, y la atracción que éste ejerce respecto de aquel, porque todos los movimientos del uno son ejecutados por el otro. El Sr. Amable halló sin duda esta atracción tan general, que dijo una vez a un profesor de Medicina amigo nuestro. "Tengo tal dominio en los nervios de mis enfermos, que me siguen por donde yo quiero; y puedo hacer que una persona a quien yo le presente la punta de una espada, se clave en ella".

Terminamos este artículo ya demasiado largo, excitando a los profesores de Medicina al estudio de fenómenos tan singulares, y sobre todo a que ratifiquen los asertos del Sr. Ramírez relativos a la terapéutica del magnetismo animal.

64. *Teatro Principal. Artículo remitido*

Se abrió de nuevo el día 19 del pasado el expresado establecimiento, con placer de todos los amantes de la poesía dramática. Son muy loables los esfuerzos de los señores directores Salgado y AVECILLA, para proporcionarnos procurándole mejoras a una diversión que instruye deleitando, y en la que puede adquirirse el conocimiento indispensable del mundo, sin los peligros y malandanza de los poetas, que tal vez ponen a la vista de los espectadores los sucesos de su vida y la historia de sus sensaciones.

Para que produzca los felices resultados en todo el mundo civilizado es necesario que los señores encargados de la elección de las piezas dramáticas y de la dirección de la escena, las elijan de tal clase, que sean el modelo del buen lenguaje y de costumbres dignas de ser imitadas; que por fin presenten el cuadro en donde se vean los vicios de la sociedad con sus horribles colores, para que se amedrenten los que sientan en su alma inclinación a seguirlos, y se corrijan los que por desgracia a ellos estén encadenados.

Se objetará que el repertorio de piezas españolas se agotó, que las comedias de Moratín ya no son del agrado del público por haberse representado innumerables veces; que las de Iriarte fastidian ya, lo mismo que tantas y tantas que con tanto placer fueron oídas en otro tiempo.

Responderemos que no siendo posible ver siempre las comedias de estos autores, los señores empresarios tienen un campo vasto donde escoger a su anchura obras de un ingenio sutil, de una travesura inocente y de poesía tan escogida, que vanamente la buscaremos semejante en las obras que han dado celebridad a los poetas de nuestro siglo y a las de nuestros contemporáneos.

Hablamos del teatro español del siglo XVI y XVII tan fecundo en grandes ingenios, en poetas gigantes, delante de los cuales deben humillar la cerviz los modernos.

Bretón de los Herreros, uno de los escritores cómicos más notables de la época presente, que ha derramado con profusión esa sal ática que le distingue de todos, es muy conocido ya en nuestro teatro, ha dado a luz muchas obras; y aunque todas ellas no tengan el mérito de la *Marcela*, quizá la más acabada, ni tengan tampoco la versificación suave, dulce y armoniosa de *Muérrete y verás*, ni menos personajes tan originales como los que

aparecen en este drama, siempre se halla en sus producciones el mérito de desarrollar los caracteres que presenta en la escena, y el muy difícil de llevarlos hasta el fin con un acierto, con una fuerza y verdad tal, que admira.

No faltan dramas modernos llenos de interés que recuerdan las brillantes épocas de los Calderones y López de Vega: uno ha sido representado en el teatro de Méjico, con aplauso de los literatos y de los que aprecian lo que es bello y grande. ¿Quién con un corazón bien formado no admiró y lloró a los *Amantes de Teruel*, tan bien caracterizados por el Sr. Palomera y la Sra. Platero? Mucho dolor causa que en la capital de la república haya pasado con menos aceptación esta obra maestra de D. Eugenio Hartzembusch que las raquílicas composiciones de Scribe, pésimamente traducidas. En aquel drama sublime campea la imaginación enérgica de un gran poeta, y en éstas... el genio fútil de ciertos espectadores que se glorían de dar el tono en nuestro teatro, que pretenden decidirlo todo con acierto y que con su charla importuna ni escuchan ni dejan escuchar a las gentes pacíficas que desean sacar utilidad del espectáculo que tienen a la vista.

La mejor composición de D. Francisco Martínez de la Rosa, la que presenta tanto interés como los *Amantes de Teruel*, es la *Conjuración de Venecia*; por desgracia le han olvidado los señores directores Salgado y AVECILLA, y en su lugar nos han dado el *Mendigo de Bruselas*, obra forjada por un cerebro destrozado con la más espantosa pesadilla: en este soporífero melodrama, no hay una sola de las cualidades que constituyen un buen drama: en él se ve un hacinamiento incoherente de maldad y el protagonista nos echa a la cara su cinismo brutal y su asquerosa inmoralidad. Cada vez que se ha dado en espectáculo semejante obra hemos admirado el talento del Sr. AVECILLA que ha sabido sacar ventaja del personaje menos teatral del mundo; pero no hemos dejado de sentir vivamente la mala elección que ha tenido para lucir su maestría.

A la misma familia pertenece el drama de la *Mujer de dos maridos*; teniendo el *Edipo* de Martínez de la Rosa y el *Macías* del malogrado Larra, la compañía de la capital pone en la escena el *Alcalde de Sardam*, el *Leñador Escocés* y otras de este jaez. ¿No valdría más que nos diese sainetes de Cruz, puesto que no hay año que no salgan a la luz aquellas producciones? Al menos el autor de Manolo tiene a veces originalidad; y no le ocurre llevar a dos embajadores y al Czar de todas las Rusias a una taberna.

Se ha notado que la mayor parte de las comedias que nos presentan son traducidas del francés al gabacho, llenas de equivocadillos no muy propios de difundir la buena moral; si fueran ella el parto del genio, aunque libres en su lenguaje, el público las admiraría y compadecería al autor; pero de todo no le queda sino insulsas especies, y el escándalo de ver que la escuela de las buenas costumbres se convierta en una cátedra de profanación y vaciedades.

Si los mejicanos hemos de vivir condenados a divertirnos con traducciones, elíjanse algunas buenas, como los *Hijos de Eduardo* que puso en elegantes versos Bretón de los Herreros, como *Marino Faliero*, como *D. Juan de Austria*.

Los Sres. Salgado y Vecilla tienen bastante conocimiento para saber cuándo es correcto el lenguaje, y cuándo es bueno un drama; ya que con tanto afán y con una actividad digna del mayor encarecimiento se dedican a establecer bajo un buen pie, y mucho más de lo que es de esperarse, una compañía de actores escogidos, ¿por qué no despliegan igual actividad en la adquisición de comedias originales?

Es verdad que en ninguna época han tenido protección de nuestros gobiernos los empresarios del teatro (1);** pero como quiera que de sus nobles esfuerzos depende formar el gusto en la masa de los mejicanos, les aconsejamos que hagan algunos sacrificios para reunir un repertorio digno de sus luces, y muy a propósito para manifestar que no sólo saben imitar a los buenos actores que conocemos, sino que pueden crear los nuevos personajes que se les presentan.

Hemos dicho que de los poetas que brillaron en los siglos XVI y XVII, pueden sacarse los mejores dramas, dignos de ser puestos en la escena, y de estudiarse con asiduidad y aplicación.

Aunque ciertos periodistas de la capital hayan asegurado que las comedias de capa y espada no agradan por haber pasado su época, podemos asegurar que la opinión de los literatos más notables de la Europa, está en oposición con la que uno de nuestros escritores políticos emitió en cierto periódico de la capital. Para las obras de genio, entendemos que no hay épocas; todavía menos para las dramáticas:

** (1) Se exceptúa la administración del año 1830, cuando el Sr. Alamán puso en un estado brillante las compañías de ópera y de verso del Teatro Principal.

en ellas se habla de pasiones y de vicios; todo lo que es ridículo se pone a la vista del público para corregir propensiones que, llevadas al cabo, serían funestas a la sociedad. Personificar los vicios del alma para demostrar sus estragos ha sido el objeto de los grandes ingenios; representar personajes en quienes brillen cualidades eminentes, para inspirar deseos de imitarlos, ha sido la sagrada misión de esos seres privilegiados que no morirán en la memoria de los pueblos, y cuyos nombres estarán escritos con letras de oro para siempre en los anales del género humano.

Siendo el teatro el cuadro del mundo y de la vida del hombre, mal podría aplicarse aquella máxima política a un asunto puramente literario; tal o cual sistema de gobierno cuadrará perfectamente a un pueblo que se regenera, mientras que a otro le causará ruina. Para satisfacer las exigencias de los mejicanos acaso será preciso, según las opiniones de nuestros publicistas, abolir las leyes rancias por no ser conformes al espíritu de la época presente, a la vez que a la Inglaterra bien le va con su antigua legislación: conforme a las costumbres de los pueblos en cuestión si se aplicaran nuestras leyes totalmente opuestas a los súbditos de S. M. B., o viceversa, es claro que ambas naciones acabarían.

Pero los sistemas políticos son muy diversos de la literatura dramática; diremos más, la política no puede ser el objeto de un drama; el autor se presenta a la escena como tribuno, está personificado en cada uno de los héroes: todos ellos tienen el mismo lenguaje, y no forman más que un sólo individuo.

En tanto que haya reyes, cortes, malvados y virtuosos habrá tragedias; en tanto que haya debilidades, ridiculeces y manías habrá comedias: la especie humana siempre tiene y ha tenido estos y más atributos; ella está dividida entre señores y súbditos. Aristófanes se burló de los preocupados y de los necios; Sófocles y Eurípides hicieron temblar a los pueblos, manifestando en espectáculo a los tiranos con sus crímenes, con sus torpezas: ellos tuvieron la noble audacia de presentar a la virtud desdichada triunfando de los grandes de la tierra.

Semejante ejemplo no se ha olvidado, y de entonces acá los pueblos se han imitado mutuamente: los romanos se convirtieron en Helenos; Virgilio es el destello de Homero; Cicerón de Demóstenes; todos los que florecieron en tiempo de Augusto fueron griegos en el arte, y del comer-

cio que las naciones tuvieron resultó que todas se imitaran entre sí.

La que más original aparece es la nación española, cuyo genio participa de los caracteres comunes a los árabes y a los teutones: la gravedad, la constancia y análisis de éstos y el brillo de imaginación de aquéllos dominan a la raza española: con tan feliz conjunto, ¿cómo dejaría de tener su siglo de oro la España de Carlos V y de Felipe II?

Efectivamente las épocas en que brillaron los grandes poetas Lope de Vega, Calderón de la Barca, el padre Tirso de Molina y D. Agustín Moreto, serán memorables mientras existan hombres que admiren las producciones de los verdaderos maestros del gusto y del saber, conocimiento profundo del corazón del hombre, cortesanía, un fondo admirable de filosofía, verdadera grandeza de alma en los personajes, idealidad, gracia, poesía; todo se halla en las comedias de estos inimitables dramáticos.

Porque el culteranismo suele manchar muchas piezas del antiguo teatro español, porque parece muy inverosímil para nuestro siglo amañado que los graciosos hablen con toda libertad a los príncipes y a los reyes, no quieren muchos de los espectadores que salgan a la luz nuevamente esas obras maestras del genio. Si culteranismo es un defecto capital, y si un gracioso no parece bien en nuestros días, toleramos ambas faltas que no son de los poetas sino de su siglo. No hacía mucho tiempo que Triboulet había dicho infinitas sandeces a Francisco I por ser el loco que le acompañaba: entre sus gentiles hombres acaso él mejor que los favoritos del rey, tenía la prerrogativa de hablar con libertad. El estudio de estas que llaman extravagancias de Lope y de Calderón es muy interesante porque sacan en claro lo que fueron su siglo y los anteriores: ellos presentaron semejantes tradiciones al pueblo, el cual seguía con entusiasmo movimientos principales de sus autores favoritos.

Porque no están concebidas las comedias de los poetas ya indicados según las reglas de Aristóteles y de Boileau, se han querido condenar al olvido; todas ellas han triunfado sin embargo de los hombres sistemáticos que pretenden desacreditarlos y a su pesar las prensas de Alemania, las de Francia e Inglaterra las reproducen con ardor. También los poetas de estas naciones las imitan a ejemplo del padre del teatro francés, del insigne Pedro Corneille.

Hacemos estas reflexiones de paso a los señores directores de la compañía dramática de Méjico, para que no les arredre el temor de que el pú-

blico no tenga a bien la representación de las antiguas comedias españolas.

En naciones más cultas que la nuestra, en pueblos en donde más general es el conocimiento del arte, se presentan algunos dramas españoles o sus imitaciones; aunque los literatos apegados a su servil sistema de escuela persigan con encarnizamiento a los autores que marchan por las huellas de los cómicos españoles, la mayoría de los espectadores les deja charlar y aplaude con entusiasmo: y es que siempre el pueblo tiene el instinto de lo grande y sólo sabe sentir. Quien más le hace reír o llorar es el mejor poeta, porque llena el objeto de toda composición dramática.

Entre nosotros olvidamos imitar lo bueno de los países extranjeros, y sólo adoptamos lo malo; tan cierto es lo que decimos, que aquí vemos con delicia comedias en dos actos de no muy buenos autores, porque nos presentan a un pobre marido ridiculizado, como en *Fernández y compañía de Málaga*, o en el *Marido de mi mujer*: porque estas dos piezas no rompen las tan celebradas unidades, los aplaudimos ciegamente. No tenemos presente, entre tanto, que a penas hay semana en que no se representen las obras de Molière y de Corneille o de Shakespeare en las capitales cultas de Francia y de la Gran Bretaña, y que debíamos seguir a ejemplo de aquel público el sistema de celebrar las obras maestras de sus poetas antiguos y eminentes.

Para los que tan opuestos se manifiestan a que se pongan en escena las comedias de Calderón y sus contemporáneos, porque según ellos son disparatadas, y sólo Racine, Corneille y Molière supieron escribir perfectamente, les copiaremos lo que dijo en el Ateneo Real de París el profesor de humanidades; profesor muy alabado por su imparcialidad, su filosofía y su saber.

“El gran Corneille (así se explica) explotó la más dificultosa, la más íntima, la más noble, y la más seria porción del genio español. Potencia de pasión, potencia de pensamiento, potencia de combinación; he aquí lo que tomó del teatro español. Penetra en sus aguas brillantes, de las cuales han visto sus contemporáneos tan sólo la superficie, la espuma de sus olas agitadas y su reflejo luminoso. *Las mocedades del Cid* (comedia) le suministran la más hermosa tragedia moderna: él la estudia, la imita, la copia, y la da, no como una obra suya, sino como la obra de Guillén de Castro”.

“Otro drama, *La verdad sospechosa*, le ofrece una comedia verdadera, costumbres reales, un nuevo descubrimiento en el carácter humano, una

sublime moralidad, una locuacidad deliciosa. ¡El hombre creado traduce! No pretende el gran poeta lleno de modestia sino el mérito de haber hallado estas piedras preciosas, de haberlas apreciado en su verdadero valor y de haberlas pulido conforme al gusto de su nación. Daría todas mis obras, dijo, por haber inventado este bello argumento”.

“*El Mentiroso*, esto es, *La verdad sospechosa* y el *Cid*, son obras maestras de juicio, de arreglo y de imitación. Nada más quiso Corneille; descubrió el manantial, y de él hizo brotar la comedia y la tragedia francesa”.

Cuando así se explica el literato francés, cuando el mismo Corneille dice, si yo no hubiera leído *La verdad sospechosa*, creo que no habría hecho comedias, cuando este hombre, el más notable de su nación y del siglo de Luis XIV rinde tal homenaje a nuestro poeta mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón, y no hay pueblo que no aplauda con entusiasmo la representación de los dramas españoles, ¿aquí los vemos condenados siempre a una punible oscuridad?

Gracias al cielo, en Méjico se marcha por el camino de la civilización y del buen gusto; sólo falta que los señores directores del teatro nos presenten comedias como el *Desdén con el desdén*, del que hizo una pálida traducción el inmortal Molière bajo el título de la *Princesa de Elida*, como la *Mujer firme* de Lope; que no dejen olvidadas ni a *El lindo D. Diego* ni al *Caballero de Moreto*, ni *Casa de dos puertas mala es guardar*; todavía menos a la *Verdad sospechosa* de nuestro compatriota Alarcón. En la capital se hallan todas estas piezas y otras de los mismos autores de tanto o más mérito que las ya enunciadas.

Tengan presente los señores directores que si algunos hay que se disgustan con la representación de los antiguos dramas españoles, llegará el tiempo en que teniendo ellos mismos placer en verlos, se corrijan de la manía de celebrar ciertas zarzuelas de los franceses que mueren tan luego como salen a la luz.

Los bellos versos del joven poeta D. Fernando Calderón, aplaudidos con tanto entusiasmo cuando se presentó en este teatro su *Torneo*, no los volveremos a escuchar, tal vez, por la falta que hace el Sr. Castañeda; pero en cambio será probable que pronto reciba D. José Ramón Pacheco la *Ana Bolena* del mismo Calderón.

Nada decimos del interesantísimo drama, llamado el *Visitador de Méjico*, pues por sí solo basta para granjearle la reputación de poeta dra-

mático al joven modesto que tan bien concibió a *Muñoz* y tan de relieve lo presentó a los espectadores. ¿Quién no aborrece a este tirano tal como en la escena aparece? ¿Quién no se conmueve al escuchar los versos puestos en boca de D. Pedro de Quesada en la primera escena de la jornada segunda, y quién al ver una reunión de personajes tan bien caracterizados y al oír poesía tan armoniosa, pensamientos tan nobles no cree hallar en D. Ignacio Rodríguez al sucesor de Moreto? Del autor mejicano puede decirse lo que algunos críticos de la Península escribieron del cómico español, “que el verdadero D. Pedro el cruel más bien se ve en el *Rico-homme de Alcalá* que en las historias de España”. Otro tanto sucede con el *Muñoz* de Rodríguez: más bien se conoce su drama que en las historias de Nueva España. D. Juan Salgado comprendió al poeta, su talento distinguido le hizo crear para la escena este personaje, y dudamos que haya quien le iguale en el papel de Visitador. A su aptitud, a su empeño se debe que no haya caído en el olvido la obra de que tratamos, como ha sucedido con muchas buenas que han quedado en la oscuridad, porque los actores no han tenido disposición para ejecutarlas. La representación del *Muñoz* ha sido la que con más esmero se ha hecho de muchos años a esta parte; todos a porfía tomaron empeño en dar el brillo correspondiente a la composición de nuestro paisano.

La imitación que D. Fernando Calderón hizo de la *Marcela*; la comedia del Sr. Prieto, el *Alférez*, manifiestan que también se presta el genio mejicano a la sátira delicada y es a propósito para derramar las sales cómicas: ¡lástima es que el *Alférez* no presente un cuadro completo de la clase media de nuestra sociedad, y que su autor haya caído en el mismo defecto del Pensador mejicano en su *Periquillo* que al hablar de las altas clases no hizo sino describir las guardillas! Pero al decir esto de joven tan digno de elogio por su talento poético, no podemos menos que concederle lo que todos aquellos que han leído sus versos: le han dado el nombre de uno de los primeros poetas líricos de la república, y con el tiempo y el estudio igualará indudablemente a D. Nicasio Gallego.

Más errores que letras habrá en lo que hemos escrito; pero como partes constituyentes del público tenemos el derecho de emitir nuestras opiniones, siempre suplicando a los que no las profesen que las vean con indulgencia, pues sólo el deseo de acertar nos ha impelido a ello. Si se nos tacha de románticos, es decir, de extravagantes, según el idioma de

la intolerancia, sufriremos semejante epíteto sin murmurar, porque tendremos presente, según nuestro humilde concepto, que todo el que sale del camino de la rutina es romántico; en este sentido lo han sido Molière y Pedro Corneille, Chateaubriand y Lamartine, Lope de Vega, Calderón, Moreto y Alarcón.

Lo han sido también los dos grandes colosos del mundo: Miguel Cervantes Saavedra en el medio día de la Europa; Shakespeare en el Norte. Aquél representó la grandeza y sublimidad del espíritu humano; las inclinaciones y los hábitos puramente de la vida animal: D. Quijote por sí es el símbolo del alma y del cuerpo, según el sentir de algunos humanistas de gran nota.

“Shakespeare como Miguel Ángel parecen haber sido creados para resolver un problema extraño cuya sola enunciación tiene la apariencia de absurdo, a saber –quedar siempre en los límites de la naturaleza, saliendo de ellos algunas veces–. Shakespeare exagera las proporciones pero mantiene entre ellas una relación exacta. Hamlet, por ejemplo, es tan real como cualquiera de nosotros, aunque más grande. Hamlet es colosal, y sin embargo es real, pero depende de que Hamlet no es vosotros, no es yo, no es todos nosotros. Hamlet no es un hombre, es el hombre mismo”.

Para ciertas personas será una herejía que hayamos citado esta opinión de Victor Hugo; por extravagante que parezca en su concepto este célebre poeta, siempre es un genio que comprende mejor, como tal, el espíritu trágico inglés que los ciegos adoradores de Racine. Creemos que ha dicho una verdad incontestable y reproducimos con el permiso de los literatos de nuestro país y de nuestros lectores a quienes habremos cansado ya forzosamente. G. Ruz de Cea.

No estamos enteramente de acuerdo con el autor del precedente artículo sobre la preferencia que quiere se dé a las comedias antiguas, y por mucho que admiremos como admiramos el enredo, la sal cómica y las demás prendas dramáticas de los cómicos españoles de los siglos 16 y 17, y por mucho que nos embelesan sus comedias, principalmente las de los famosos Lope de Vega y Calderón de la Barca, creemos que, a excepción de unas cuantas, no pueden presentarse ya al teatro con mucho aplauso. Convenimos sin dificultad en que son unos monumentos preciosos del genio español, y de una fuente, si se quiere, de delicias para el literato que las examina en su gabinete; y más diremos, que los que se dediquen

al arte dramático hallarán en ellos modelos de invención que imitar, situaciones muy interesantes que admirar, y un calor animado y sostenido con que fecundar su ingenio; pero prescindiendo de la hinchazón que generalmente reina en ellas, y que hace ridículos a sus personajes cuando quieren expresar sentimientos tiernos o sublimes, prescindiendo de las inepticias en que muy frecuentemente prorrumpan sus importunos graciosos, y de otros defectos que no tolera el gusto refinado de hoy, las costumbres que retratan, tan diversas de las del siglo en que vivimos, son en nuestro concepto una barrera insuperable que las separa de nosotros.

La comedia es la pintura de las costumbres, y la mayor parte de los espectadores ignora o ve con desprecio las que dominan en tiempo de Carlos V y Felipe II, de lo que resulta que o no entiende el argumento, o pierde la ilusión. Así es que las antiguas comedias, y esto es cierto no sólo entre nosotros sino en todas las naciones, son para los literatos lo que una extensa galería de antiguos cuadros es para un pintor inteligente que examina los progresos y vicisitudes del arte, y estudia los grandes maestros de la antigüedad. Se extasía admirando las bellezas de Miguel Ángel y Rafael, que se ocultan a los ojos vulgares. Pero el común de las gentes que no son del arte, que ignoran la historia, y que no buscan en la pintura la fatiga del estudio, sino el embeleso que causa la imitación de objetos que les son familiares, recorre esas galerías sin emociones, y sale de ellas sin haber percibido los primores del arte. Otro tanto sucede con las comedias que nos pintan costumbres ajenas de la sociedad en que vivimos: los sabios las admiran en las bibliotecas, pero el pueblo las desecha en el teatro. Es tan cierto esto que a fines del siglo pasado el gran Molière, el primer cómico de Francia, y el ídolo de su nación, ya no gustaba mucho en los teatros de París, y los comediantes tenían trabajos para satisfacer las exigencias de un pueblo que pensaba, obraba y vestía de una manera muy distinta que el pueblo del tiempo de Luis XIV.

No sucede lo mismo con la tragedia, y esto por dos razones. La primera porque las grandes pasiones que son los resortes que la mueven como la ambición, la venganza, &c. no tienen época determinada, sino que son de todos tiempos; a diferencia de los vicios o defectos que corrige la comedia, muchos de los cuales desaparecen con los caprichos de la moda que los reemplaza con otros. La segunda que los personajes de la tragedia por lo común son de una celebridad tal en la historia, que nos son familiares los

rasgos principales de su carácter, de lo que resulta que en las representaciones trágicas nos hacemos fácilmente cosmopolitas. ¿Quién no ha oído hablar de Alejandro, de César, de Semiramis, de Aquiles, de Agamenón y de Mahoma? La tragedia pues, no envejece, y por esta razón Racine y Corneille no han experimentado en Francia la suerte que Molière.

No es esto decir que condenemos absolutamente la representación de todas las comedias antiguas. Hay en la vida privada también vicios y caracteres generales a la condición humana, y siendo éstos de todos los tiempos, las comedias que los censuren con discreción no morirán jamás. Siempre habrá en el mundo hipócritas, avaros, usureros, ignorantes, presumidos de sabios, mentirosos, &c. Salgan, pues, al teatro las comedias de Lope, de Calderón, Rojas y Moreto, que confundan y pongan en ridículo a esta escoria de la sociedad, y nosotros seremos los primeros en aplaudirlas; pero querer que el principal fondo de nuestro repertorio dramático lo constituyan esos autores, pretender que el público vaya al teatro a admirar ciegamente cuantos despropósitos produjo la fecunda pero desarreglada vena del monstruo de naturaleza, como Cervantes llamó a Lope, y del conceptuoso intrincado en sus enredos, hinchado y grotesco Calderón, esto es exigir mucho. Nuestro fondo dramático deben componerlo principalmente Moratín, Gorostiza, Bretón de los Herreros y Martínez de la Rosa entre los nacionales: luego deben entrar en él los extranjeros Kotzbue, Goldoni, Delavigne, Dumas y Scribe, a quien no sabemos por qué se le llama raquíutico; y después de las hermosas producciones de estos poetas ilustres que nos ofrecen cuadros de un colorido interesante y fresco, vengan todas las antiguas de Lope y Calderón que comporten las maneras y el gusto de nuestros días.

Estamos de acuerdo con el Sr. Ruz de Cea, cuando desea que se nos pongan en la escena de *Edipo* y la *Conjuración de Venecia*, y agregamos que es una fatalidad que los directores del teatro hayan olvidado enteramente las tragedias que por muchos años fueron el embeleso de los mejicanos, como *Jaira*, *Raquel*, *Otelo*, *Zoraida*, *Los hijos de Edipo*, *Orestes*, &c., piezas que nunca morirán. Se nos ha dicho que los directores del teatro piensan que los mejicanos gustan más de la comedia que de la tragedia. Suponemos que esto sea así, aunque lo dudamos mucho; pero aun concediéndolo, ¿será razón bastante la preferencia que los mejicanos dan a la comedia, para que se les prive enteramente de la tragedia? Desearíamos

que la compañía dramática hiciese una prueba, ensayando con esmero alguna de las tragedias ya indicadas, y vería que está equivocada, y que el público de Méjico es como el de todas partes. Si sólo le dan paja come paja; pero cuando le dan grano, come grano.

65. *Toma de Zaragoza*

En la terrible historia de las revoluciones de la moderna Europa ningún episodio hay más horroroso ni más sangriento que el sitio y la toma de Zaragoza. Se necesita retroceder hasta el antiguo heroísmo de Sagunto, para encontrar una ciudad cuyo valor para resistir a sus enemigos pueda compararse al de la capital de Aragón. Se halla situada esta ciudad a la izquierda del Ebro y su población será de cincuenta mil almas poco más o menos. Su fortificación consiste únicamente en su débil muralla que se edificó para impedir el contrabando. Pero sus numerosos conventos construidos de ambos lados de la muralla, la solidez de los edificios, en su mayoría de bóveda, favorecieron los esfuerzos de una población animada por el ardiente fanatismo, por la religión y la independencia.

Cuando Madrid, el 2 de mayo de 1808, extendió el grito de insurrección contra los franceses por todos los ángulos del territorio español, el pueblo zaragozano confirió el mando civil y militar de Aragón a D. José de Palafox y Melei, oficial de 28 años de edad, y que poseía la confianza pública. A mediados de junio de 1808, el general Lefevre Desnouettes se dirigió desde Pamplona sobre Zaragoza, donde batió a Palafox el día 4 de agosto del año citado: las tropas francesas asaltaron la plaza y se alojaron en algunas casas y conventos; pero el desastre de Bailén lo obligó a salir de allí. Reanimados los zaragozanos por este acontecimiento, dieron gracias a Nuestra Señora del Pilar, patrona de aquella ciudad, y a quien vieron como su más poderosa salvaguardia.

La presencia de Napoleón trajo de nuevo la victoria sobre España. Fue invadida Zaragoza por cincuenta mil hombres a las órdenes de los mariscales Moncey y Mortier; y los habitantes del pueblo sitiado que se hallaban en disposición de tomar las armas no llegaban a treinta y dos mil entre soldados y paisanos.

El 22 de enero de 1809 tomó el mando de las tropas sitiadoras el general Lannes, y la mañana del 26 cincuenta piezas de artillería que

estallaron desde la salida del sol, habían demolido una parte considerable de la muralla: fortificáronse los franceses en los mejores edificios de los alrededores de la ciudad, y entonces comenzó una guerra encarnizada, aunque de distinto género. Defendíanse los valerosos sitiados de calle en calle, de casa en casa, de palmo en palmo de su desolada ciudad. Hombres, mujeres, niños, sacerdotes, ancianos, todos combatían por su patria, todos desafiaban la muerte con igual intrepidez. Incendiaban o derribaban los edificios para aniquilar a aquellos adversarios que tenían tantas ventajas por su número y por su posición. El interior de la ciudad no era más que un montón de ruinas y cadáveres. La peste añadió nuevos horrores a la guerra. Desde el principio de febrero cuatrocientas personas morían diariamente y permanecían insepultas en las calles desiertas de la ciudad.

Sin embargo, el ínclito pueblo zaragozano cerró los oídos a las voces de capitulación, y Palafox ni huyó ni quiso rendirse. En fin, atacado de la epidemia que destruía la ciudad, delegó el mando nombrando sucesor al general San Marcos, que consintió en presidir una junta creada sobre el campo de batalla. El 20 de febrero se defendía aún Zaragoza con increíble obstinación; el general francés tomó sus medidas a fin de que la mañana siguiente presenciase la total ruina de aquella ciudad; pero a las 4 de la tarde de ese día algunos individuos de la junta pasaron a tratar con los franceses sobre la rendición de la plaza, y por último se rindió Zaragoza a discreción.

El día 21 a medio día, la guarnición reducida a quince mil hombres marchó a deponer las armas. ¿Pero qué conquistaron los franceses? Un inmenso cementerio; cincuenta mil personas perecieron durante el sitio, y más de mil habitantes murieron después de la capitulación. Presentaba Zaragoza el más pavoroso espectáculo. Jamás, dice un historiador, el demonio de la guerra había acumulado más espantosos males en tan estrechos límites. Triste condición de los hombres que celebran como acaecimiento dichoso para los vencedores esta sangrientísima destrucción. (Trad. por G. Prieto).

74. *Campanas*

“Según los cálculos de un sabio alemán, en el espacio de treinta años han caído trescientos ochenta y seis rayos en torres donde se tocaban

las campanas; y han matado a ciento veinte y un campaneros". (*Almacén pintoresco*).

Traslado a nuestros campaneros (los que sepan leer) para que hagan uso de la noticia en la próxima estación de las aguas. EE.

75. *Chisme*

Preguntamos si es justo que por celebrar los señores de la legación inglesa el matrimonio de su augusta reina, hayan perdido cuatro días los alumnos del colegio de Minería. De este modo no será de gran provecho para dichos jóvenes la bula de su Santidad sobre disminución de días festivos.

81. *El bosque*

A ELVIRA

Ven, adorada Elvira;
 conmigo ven al bosque solitario:
 el aura blandamente aquí suspira
 en las hojas del árbol funerario.

Aquí de los amores
 blando susurro de oloroso ambiente
 mece y retrata las dormidas flores
 de un arroyo en la límpida corriente.

Arroyo que serpenteando
 dócil, murmurador, por la pradera,
 irá nuestros amores publicando
 al valle, al monte, a la celeste esfera.

Su raudal cristalino
 es puro como tu alma, virgen mía, suave,
 apacible cual tu amor divino,
 preludio de dulcísima alegría.

No turbias sus arenas;
no rápido raudal corre bramando,
para arrasar las márgenes amenas
con violencia los troncos arrancando:

No como el amor mío,
fuerte, ciego, frenético, impetuoso,
que el roble arrastre en su torrente impío,
brame y salve el abismo cavernoso;

Sino tierno, apacible,
porque es de un ángel tu pasión hermosa,
cual arrullo de tórtola sensible,
cual la queja del aura voluptuosa...
De verdad coronada,
fúnebre sauce aquí, su copa inclina,
para mirarla luego retratada
en la corriente blanda y cristalina.

Aquí en lánguido acento
canta su amor una ave placentera,
amor suspira en la enramada el viento
y la luz de amor el bosque reverbera.

Aquí el árbol copado
trémulo, dócil, su ramaje inclina,
para mirar su tronco retratado
del río en la corriente cristalina.

Todo es amor, bien mío;
el sol que aquí reluce es sol de amores,
y la luna que alumbra al bosque umbrío
ama a Endimion en las cerradas flores.

Ven, cándida azucena;
aquí el pensil te destinó la suerte:

que aquí no hay huracán... ¡aura serena
nunca arrastra las flores a la muerte...!

Ven: no temas, Elvira,
del destino los bárbaros furores;
que libre el corazón aquí suspira,
y el bosque es el Edén de los amores.

Huyamos, Elvira; su plácida calma
revela el silencio que reina en la tumba,
y sólo el susurro de altísima palma
o un eco de amores en torno retumba.

En tanto que vaga del mundo en la esfera
un eco de muerte, un ¡ay! de dolor...
y rueda en ruinas su voz pasajera
que débil se extingue del mundo al rumor.

Huyamos, Elvira: el bosque sombrío
nos brinda venturas, amores, contento:
la tórtola arrulla... al margen del río
nos llaman sus ecos en alas del viento.

Del viento sereno, del plácido ambiente
que besa apacible tu lánguida sien,
y trémulo agita la rauda corriente
que riega callada tan célico Edén.

Del sol moribundo el vivo destello
reflejan tu frente, tus ojos, Elvira!
y al aura ondeante, tu negro cabello
se riza en el seno y el aura suspira...

Y el mundo que borra con negros colores
del astro del día el grato arrebol,

no ofrece a los ojos de tiernos amores
suspiros del aura, destellos del sol.

No temas que el viento derribe inconstante
el árbol copado que asilo te ofrece;
si cruje el ramaje de roble gigante,
de otro árbol que humilde se eleva el abrigo
de encina robusta que atiende a su afán;
que altivo desprecia el rayo enemigo,
y mece tan sólo rugiente huracán.

No temas que el rayo destruya inclemente
el fúnebre sauce dosel de mil flores;
no temas que arrastre furioso torrente
la pobre cabaña que es nido de amores.

Apágase el rayo, sosiégase el viento,
si el bosque matiza de amores la flor,
y el cierzo, los rayos, el trueno violento
amores se tornan al soplo de amor.

Empero del mundo la furia terrible
no dócil se apaga de amor a la brisa;
si lloras, es crimen tu llanto apacible;
si ríes mentida tu dulce sonrisa.

El bosque, si lloras, de luto vestido,
tu llanto retrata, tu acerbo sentir;
y al cielo levanta sus ramas erguido,
si mira en tu labio la risa lucir.

Huyamos, Elvira, la luz importuna
del astro mezquino que el mundo ilumina;
del bosque es más bella la cándida luna,
del sol de la selva la faz más divina.

Rompamos, hermosa, del mundo los lazos,
 del mundo y del hombre huyamos también.
 ¡Huyamos, Elvira, te aguardan mis brazos,
 el bosque te aguarda y en él un Edén!

C. Collado

83. *De las formas dramáticas*

El drama de los griegos, que en sus principios fue un acto religioso, conservó cuando pasó a ser espectáculo, su carácter primitivo; y éste fue, por decirlo de paso, el motivo justo de las invectivas de los Santos Padres contra esta diversión. Prescindiendo de la inmoralidad constante de la comedia griega y romana; de la vergüenza y salacidad de los sátiros, y de la inmundicia de los pantomimos tan enérgicamente descrita por Juvenal; la asistencia a esta clase de espectáculos, que comenzaba siempre por un sacrificio a Baco como en los tiempos primitivos, era una verdadera profesión de idolatría, incompatible con la creencia y deberes del cristiano.

El drama comenzó por himnos y cantos religiosos, interrumpido después por rapsodias o recitaciones sueltas de Homero o de otros poetas, y por último con una acción más o menos regular representada también en verso. Esta parte, que fue la accesoria, llegó a ser la principal: mas no desterró a la otra enteramente, sino la sometió. El coro siguió cantando en el teatro, y aun sus cantos eran religiosos o morales; pero subordinados al argumento y a la acción principal del drama. Como nunca faltaba del teatro, y su jefe, llamado también coro, era uno de los interlocutores de la pieza, era necesario que la escena fuese fija. El espectáculo teatral de los antiguos en su mayor perfección, esto es, en los tiempos de Sófocles y de Eurípides, era pues una ópera, mezclada de representación y de canto, en la cual todas las artes, la poesía, la música, la danza, la arquitectura, la pintura y la escultura desplegaban el tesoro de sus riquezas.

De esta situación de cosas se deducen fácilmente las reglas de la dramática en general. La escena era necesariamente fija; pues el coro no debía faltar en ella. De aquí la unidad del lugar. Es verdad que este in-

conveniente estaba compensado con la grande extensión de terreno que ocupaba el teatro: extensión que permitía representar a la vista de los espectadores muchos sitios diversos, aunque cercanos entre sí, como se ve en la primera escena de la *Electra* de Sófocles.

No variando la escena; no faltando nunca de ella algunos actores, era necesario que los sucesos que se representasen fuesen seguidos: de aquí la unidad de tiempo.

Si los sucesos eran inmediatos en tiempo entre sí, eran también necesarios, so pena de destruir el interés que estos sucesos compusiesen una cuestión única; de aquí la unidad de acción.

No bastaba que la cuestión fuese una: fue necesario que fuese muy sencilla, para dejar al coro la parte que le correspondía tener en el espectáculo. Y así es que cuando los romanos escribieron comedias de acción complicada, pues una de Terencio se componía de dos de Menandro, suprimieron el coro. Pero en la tragedia romana se conservó; y por lo mismo no se renunció en ella a la sencillez de Sófocles y de Eurípides. Esta sencillez es causa de no introducir en la escena más de tres interlocutores:

Nec quarta loqui persona laboret,

como dice Horacio. Con tres personas y con el coro estaba suficientemente lleno el teatro.

En fin, el coro llenaba los intermedios. Por eso Horacio no permite a los dramáticos latinos piezas tan largas que pasen de cinco actos, ni tan cortas que no lleguen a este número, sin que conozcamos la razón filosófica de haberse fijado en él de las pausas de representación.

Hemos examinado el origen de las reglas de composición, dadas para el teatro antiguo. Ninguna de ellas está tomada de la naturaleza de las cosas, sino de las exigencias materiales de la escena y del espectáculo. Sin embargo, fuerza es confesar que estas reglas bastaban para la verosimilitud, tal como la concibieron los griegos; pues no los hemos de tener por tan necios que creyesen causar ilusión con su coro siempre en escena, y testigo de cuanto se meditaba y se hacía, ni con sus canciones y movimientos periódicos y regulares. En el teatro no hay ilusión: ningún espectador cree verdadero lo que pasa en la escena: sin embargo, después que

ha hecho concesiones al autor y a los actores, no quiere que la licencia de éstos ni de aquél llegue a tal punto, que destruyan el placer y el interés que él siente, ya por los sucesos, ya por los personajes representados. El placer de la representación es semejante al que nos produce una novela leída. Nace de la simpatía que ejercen en nosotros las ideas o sentimientos ajenos. Cuando asistimos a la representación de *Edipo*, no sólo no creemos que el actor es el desgraciado rey de Tebas; pero no aun creemos que haya existido esta víctima del fatalismo. Con todo, nos ponemos en su lugar; para lo cual hacemos todas las suposiciones necesarias, por imposibles que sean. ¿No temblamos muchas veces con sólo imaginar que estamos al margen de un precipicio?

El interés, pues, que excita el drama, nace de que no sustituimos al actor, así como el de una novela tiene el mismo origen. Cualquier cosa que destruya este impulso simpático, nos disgusta, nos incomoda. La verisimilitud teatral no se dirige pues a hacer creíbles las cosas que se representan, sino a hacerlas interesantes. Por esta razón se dan al autor dramático muchas concesiones contrarias a la verisimilitud: por ejemplo: que César o Alejandro hablen en verso castellano o francés, que una perspectiva que se nos presenta sea el foro de Roma, la plaza de Atenas o los pensiles de Babilonia: que un actor, a quien conocemos de visto o de trato, sea Sócrates o Nerón, &C. &C. Interesadnos y haced lo que queráis: es la divisa del espectador.

¿Destruyen este interés las concesiones que se oponen a la verisimilitud material de la escena? No. Cuando no eran conocidas las decoraciones teatrales: cuando una miserable cortina era el único medio de separación entre el proscenio y el vestuario, los pasajes verdaderamente buenos interesaban a los espectadores. ¿Y no nos arrancan las lágrimas las quejas de Andrómaca o de Lear; no nos estremecemos al verso de D. Mendo en *García del Castañar*: Aquel es el Rey, García: sólo a la simple lectura, y sin ninguno de los medios de ilusión o verosimilitud dramática?

Pero lo que verdaderamente destruye el interés es la falta de verosimilitud moral, esto es, que los personajes hagan lo que no deben hacer, atendido el carácter que se les ha atribuido, o no hagan lo que deben hacer bajo la misma hipótesis, o en fin, que el hombre se represente en la escena diverso de lo que concebimos, del que somos porque entonces se falsifica el principio de Terencio, en el cual se funda todo el interés teatral:

Homo sum: humani nil a me alienum puto

“Hombre soy; nada del hombre
puede serme indiferente”.

Pero si el personaje que nos presenta no tiene punto alguno de contacto con la humanidad tal como la concebimos, en vano se cansará el actor: no nos interesará, porque nada de hombre (*nil humani*) veremos en él.

Asentados estos principios, vemos si Sófocles y Eurípides tuvieron bastante con las formas del teatro griego y concesiones que les hacía el auditorio de Atenas para representar fielmente al hombre, tal como era conocido en el siglo de Aristides y de Pericles.

El hombre que conocían los griegos era puramente fisiológico en cuanto a la moral. Como aquella nación ingeniosa había convertido todas las pasiones en divinidades, mal podría exigir de los hombres que fuesen mejores que sus dioses: mal podría condenar en la humanidad que cediese al poder del destino, ni al fanatismo que la religión pagana pregonaba. Así es que en el teatro griego las pasiones caminaban siempre en línea recta, por decirlo así, sin que se detengan o tuerzan el paso por el remordimiento ni por la advertencia de ningún freno interior.

Casi no había en Grecia vida doméstica que tanto contribuye a imprimir caracteres individuales a las pasiones y a las costumbres. Los ciudadanos vivían en el foro: las ideas y sentimientos, y hasta los afectos eran comunes.

El poeta dramático que debía describir una sociedad de esta especie, no podía quitar a las pasiones humanas el carácter de generalidad que tenían. El ambicioso, el amante, el vengativo, el iracundo, el virtuoso, el patriota, el héroe, debían necesariamente ser pintados con los colores propios de su vicio o de su virtud: mas no era posible introducir en el cuadro circunstancias o diferencias individuales; porque esas diferencias no existían en la realidad viviendo todos los ciudadanos de una misma manera.

De aquí se infiere que las reglas del teatro griego, por más estrechas que fuesen, eran suficientes para las exigencias del auditorio, y para las necesidades del poeta. No olvidemos que la mayor parte del tiempo del espectáculo se empleaba en movimientos y en cantos del coro; pero aún le quedaba hueco al autor para desplegar suficientemente cuatro o cinco caracteres entre los cuales sobresalían uno o dos, para formar el nudo de

una acción sencilla y para conducirla con un corto número de accidentes al desenlace. Lo más difícil en toda composición dramática, que es la descripción y unidad de los caracteres, podía hacerse con comodidad en aquel cuadro, por más reducido que fuese; pues instaba presentarlos en dos o tres ocasiones para que fuesen conocidos. Todo lo que había que pintar era el hombre exterior, sin luchas que despedazasen su corazón, sin particularidad ni circunstancias que caracterizasen al individuo; en fin, sin esa infinidad de matices diversos que han introducido en los vicios y las virtudes de la sociedad humana el uso de la vida doméstica, por una parte, y por otra la creencia de una religión que influye inmediatamente en las costumbres.

El *Edipo rey* de Sófocles, es justamente tenido por el drama más complicado del teatro de Atenas; y es admirable la sagacidad con que el autor desenvuelve sucesivamente todas las partes del terrible misterio, encerrado en la existencia de aquel héroe, víctima del fatalismo. Pero obsérvese que si la intriga de la fábula costó algún desvelo al trágico griego, no puede decirse otro tanto de la invención de los caracteres. Edipo es rey, y buen rey; pero no olvida el orgullo de su dignidad ni la irascibilidad de su condición en sus contestaciones con Tiresias y Creonte; en esta parte es idéntico su carácter al de Agamenón disputando con Pirro en las *Troianas* de Séneca, y al rey de Corinto en la *Medea* del mismo, mandando salir de su estado a la esposa abandonada de Jasón. Medea y Clitemnestra adoran a un mismo Dios, que es el de la venganza; sólo se diferencian en el modo de conseguirla. Hércules, atormentado por el veneno del centauro Nuso; Ajax, por el oprobio de su locura, y Filoctetes, llagado y abandonado en Lemnos, se quejan de la misma manera. En fin, Electra, vengativa como su madre, y Orestes, incitado por los mismos dioses al parricidio, tienen igual impetuosidad, no detenida por ningún freno, para lograr su infausto proyecto.

Había otro motivo más para que fuese menos difícil la descripción de los caracteres; y es que no era lícito a los poetas alterar en la escena la idea que los griegos tenían formada de los antiguos héroes y monarcas: idea conservada por la tradición; alimentada por la creencia gentilica, que reconocía como deidades a muchos de aquellos héroes, y ligada con las pasiones políticas de las públicas griegas, que se complacían en no ver más que crímenes e infortunios en los palacios y en las familias reales.

Así, el único trabajo del poeta era conducir la acción, escribir buenos versos y componer diálogos naturales e interesantes.

Veamos pues que el teatro de la antigüedad satisfacía completamente las exigencias del auditorio que asistía al espectáculo, pues le presentaba personajes conocidos de su historia bajo el aspecto que mejor satisfacía a sus pasiones, y en ellos veía, y veía con placer al hombre, tal como era entonces, tal como le importaba estudiarle y conocerle; esto, exterior y entregado al ímpetu de sus pasiones y al imperio ciego del destino.

Así no debemos extrañar que Aristóteles, dictando reglas de poesía dramática a su nación y a su siglo, insertase como cánones del buen gusto, al lado de los principios que tienen su origen en la naturaleza, las prácticas y costumbres del teatro de Atenas; ni que Horacio reprodujese una parte de ellas en su epístola a los Pisones, pues nadie ignora que la literatura romana fue imitación o copia de la griega: y como por otra parte la religión y la vida civil eran las mismas en ambas naciones, debían serlo también los espectáculos dramáticos.

Hemos dicho y probado que la escuela actual del romanticismo dramático tiene por objeto describir el hombre fisiológico de Sófocles y de Eurípides. Si su objeto es el mismo que el del teatro griego, no sabemos que pueda haber razón para abjurar las formas antiguas, sino la falta absoluta de genio en los dramaturgos actuales.

En efecto, éstos tienen sobre los poetas griegos una ventaja preciosa, y es haberse desterrado el coro de la tragedia moderna. Pueden, pues, desenvolver, con más amplitud la acción, describir con más exactitud de acción, describir con más exactitud los caracteres. ¿Qué necesidad tienen de quebrantar las tres unidades? ¿No basta una sola fábula, un solo lugar, un tiempo no interrumpido para desenvolver un carácter de los que ahora se presentan en escena? Para describir un adúltero, una prostituta, un ministro infame, una princesa digna de la horca; para pintar esos monstruos, esas pasiones desenfrenadas, esa inmoralidad sin contrapeso alguno, ¿se necesitan tantas licencias? Cuanto más pronto se llegue al suicidio, catástrofe obligada de todos esos dramas, como en otro tiempo lo era el casamiento, será mejor, ¿Por qué no hacen lo que hacían los Sófocles y los Sénecas describiendo lo mismo? ¿Será por ejercer actos positivos de independencia y de desprecio al código de Aristóteles? No; ya dieran ellos algo por ser capaces de escribir la *Jaira* o la *Alcira*. No

observan las reglas, porque carecen de talento dramático. Si lo tuviesen, no se arredrarían de la estrechez de preceptos; al contrario, los mismos preceptos, la misma dificultad de observarlos, les servían de estímulo y de alas para volar. Ninguno de los dramas de que hablamos encierra tantos incidentes como una comedia de Calderón; y vemos que este poeta, cuando quiso someterse a las reglas, compuso con la misma facilidad que en sus demás comedias. Dígalo, si no *El Maestro de danzar* y más aún *Los empeños de seis horas*, que aunque colocados en todas las listas entre las apócrifas suyas, es en nuestra opinión auténtica; a lo menos de Calderón en el estilo y el juego dramático.

Nosotros estamos muy lejos de creer que las tres célebres unidades sean reglas dictadas al drama por la naturaleza. No tardaremos en manifestar los fundamentos en que nos apoyamos para creer las reglas de mera convención. Mas no hay duda de que pertenecen a la verisimilitud material; y por tanto son de tanto valor en la dramática como la propiedad de las decoraciones y de los trajes. Deben observarse hasta donde sea posible sin minuciosa superstición. Todo hombre de buen gusto tolerará pacientemente su quebrantamiento, siempre que sea necesario para producir grandes efectos teatrales; pero no permitirá esa licencia al autor que abuse de ella para presentar monstruosidades en moral y en literatura. A. L.

84. *Un árbol de invierno*

A MI AMIGO D. F. M. DE OLAGUIBEL

“¿Dó los tesoros tiene
de nuevo Dios?”

F. L. de León

Mirad el árbol cuya sombra amena
no penetraba de la luz el rayo,
hoy entre melancólico desmayo
ni el aura viene a consolar su pena.
Pero ¡qué bello está! la tersa nieve
llega a cubrir su descarnada vida;
tal la inocencia en el dolor sumida

más preciosa se muestra, más conmueve.
 En las mañanas del abril sereno
 con orgullo, vivífico se alzaba
 cuando el brillante sol le despertaba
 bañando con su luz su espeso seno.
 Entonces era la feliz morada
 del triste pajarillo y el consuelo;
 mas ahora al infeliz le abrumba el hielo
 con angustias a joven desgraciada.
 Y sus hermosas flores y su aroma
 mudó ya la estación en la limpia espuma:
 baja la nieve cual pequeña pluma
 que en su vuelo dejó blanca paloma.

Un tiempo más dichoso, una nueva era
 cubrirá el verdor el negro tallo,
 ¿y al invierno de males en que me hallo
 seguirá del placer la primavera?

Nueva York, diciembre 28 de 1839
 Vicente Calero Quintana

[90. *Fin de la revista*]

Con este número concluye el *Museo Popular*, dando las gracias a los señores que nos han honrado con sus suscripciones. EE. 